

Academia Literaria de la

La Llama Azul



septiembre - diciembre de 2015

Ciudad de México, A. C. N° 5

Ensayo

José Antonio Durand
Alicia Dorantes
Andrés Reséndiz Rodea
Jann Gates

Crónica, opinión y nostalgia

Judith Solís Téllez
Alicia Dorantes
Ricardo Fidel Linares Gonzales

Cuento / Relato

María Judith Damián Arcos
José Antonio Durand
César Raúl González Bonilla

Poesía

Max Rojas
Gustavo Ponce Maldonado
Juan Manuel Serrano Márquez

Noticias / Reseñas

SIN CÓDIGO POSTAL, NUEVO LIBRO
DE JORGE ENRIQUE ESCALONA DEL MORAL
Rodolfo Cisneros Márquez

GANADORES DEL SEGUNDO
CONCURSO DE CUENTO CORTO



ACADEMIA LITERARIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO, A.C.

LA LLAMA AZUL Año 2, N° 5 SEPTIEMBRE - DICIEMBRE de 2015

ÍNDICE

LA LLAMA AZUL
Órgano de la Academia
Literaria de la Ciudad de
México, A. C.

DIRECTOR EDITORIAL
Raúl Velázquez Martínez.

COMITÉ EDITORIAL
Rodolfo Cisneros Márquez
José Antonio Durand
Jorge E. Escalona del Moral
Alejandro Escotto Córdova
Gustavo Ponce Maldonado
Jorge Quintanar
José Sánchez Barrera

Portada
Iván Villaseñor:
Tinta, acuarela y acrílico

Diseño y formación
Laura Mitzi Loera Pérez

Ilustraciones
Luis Alanís

Correspondencia
durandanja@hotmail.com

ENSAYO

2

José Antonio
Durand
LA POESÍA BRONCA
DE MAX ROJAS

4

Alicia Dorantes
MUSEO DE ANTROPOLOGÍA
DE XALAPA

8

DOS AUTORES RESPONDEN
“¿Qué me significa
ser escritor (a)”

9

DOCE AUTORES RESPONDEN
“¿Qué dota al poema
de poesía?”

22

Andrés Reséndiz Rodea
EL AZAR COMO CONOCIMIENTO
DE ALEJANDRO CABALLERO

24

Jann Gates
AIRBORN / HIJOS DEL AIRE:
POEMA COLABORATIVO
DE OCTAVIO PAZ Y CHARLES TOMLINSON

CRÓNICA, OPINIÓN Y NOSTALGIA

16

Judith Solís
Téllez
LA BOTICA “DEL PINO”

20

Alicia Dorantes
MARÍA: LA JOVEN MADRE

13

Ricardo Fidel
Linares Gonzáles
LA EDUCACIÓN Y LA PAZ

CUENTO Y RELATO

6

María Judith
Damián Arcos
LA CENA / MARCIANA
LAS MANOS DEL ARTISTA 11

15

José Antonio
Durand
NARRACIÓN EN MORADO

17

César Raúl
González Bonilla
EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE

POESÍA

3

Max Rojas
(1940-2015)
TRENOS

12

Gustavo Ponce
Maldonado
POETA PEREGRINO / LOS CIPRESSES
DESCIENDEN A MI AVERNO / Y OTROS

19

Juan Manuel
Serrano Márquez
IMPROBABLE / MI DIOS / SACRILEGIO
TÚ Y YO / VICIO / POESÍA

NOTICIAS Y RESEÑAS

28

Rodolfo Cisneros
SIN CÓDIGO POSTAL, NUEVO
LIBRO DE JORGE ENRIQUE
ESCALONA DEL MORAL

27

GANADORES
DEL SEGUNDO CONCURSO
DE CUENTO CORTO

El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor...

Octavio Paz



LA POESÍA BRONCA DE MAX ROJAS*

José Antonio Durand

El espíritu bohemio de Max Rojas lo ha llevado de una a otra cantina, de uno a otro encuentro de escritores y de uno a otro homenaje en reconocimiento a su obra de peculiaridades múltiples. Su participación en el Taller Permanente de *Poesía Cartago*, fue fundamental para la producción literaria de sus integrantes, varios de los cuales han obtenido diversos premios por sus obras de calidad inobjetable.

La poesía de Rojas es un mandato a aullar en medio del silencio de la noche, para sembrar la lamentación con múltiples y dolorosos gemidos, provocados por aquellos recuerdos que nos hieren como hierro candente sobre la piel, inscribiendo en la carne viva la experiencia trunca de aquel buscado encuentro que jamás llegó. Sus textos constituyen un quejido en tiempo de lobos y luna llena, por ser el momento de escuchar el llanto y las quejas de un poeta que salió no tan ileso tras sobrevivir una larga *temporada en los avernos*.

Sus poemas entretejen vivencias personales de estricta intimidad, con textos que refieren una comprometida forma de pensar del ser que asume, con inconformidad y rebeldía, un sospechoso orden moral, que a la par denuncia y critica con fuerza, sin ambages como fórmula inequívoca del ejercicio intelectual del poeta verdadero: quien en su voz nos contiene a to-

dos. La furiosa ansiedad que campea en sus escritos es una muestra elocuente de la intención que lega a la literatura. Es, sin lugar a dudas, otra forma de entender esta carcajada llamada vida. Y si no, ¿cómo podría entenderse que haya en uno de sus libros poemas que deban leerse a las 9:30 y más de la noche so pena de morir en el intento?

En el contexto global de la conducta humana: "por hosco o burdo que sea el sentimiento, su transformación en palabra revela el esfuerzo cotidiano por domarlo y darle cauce como producto tramposamente neutro, para que no hiera, para que nos ablande el rencor" y perdonemos a nuestros deudores. Pero el poeta Rojas, de suyo iconoclasta, ateo irredento, no claudica ni otorga perdón alguno, y su poesía arremete para echar en cara la desfachatez de quienes se llevan todo, que lapidan el alma y devastan las paredes de donde penden nuestros mejores sentimientos en forma de recuerdos dejando en cambio solo escombros, pero no contentos los depredadores se llevan incluso los escombros, para entonces, ahora sí, no dejarnos nada, absolutamente nada... Ni el vacío siquiera. Tal es el canto fúnebre de su poema "Trenos".

Y es con esa vacuidad transparente y fría contra la que Max contiene pluma en la diestra, cigarro en la siniestra y una copa de ron en receso esperando que a este poeta le crezca una tercera mano para ser asida. Pero hasta donde se sabe Max Rojas solo cuenta hoy con dos manos y una alma partida, y ahora compartida en el brevísimo inventario al que nos hemos asomado para asombrarnos con la rudeza del poeta áspero, ríspido, pero profundamente sensible / hipersensible a toda emoción en tanto que "nada de lo humano le es ajeno". Y menos aún el dolor tan grande que produce el



TRENOS

Max Rojas (1940-2015)

Vinieron por el hueco
 vinieron luego por la pared y los clavos
 se llevaron ladrillo tras ladrillo
 se llevaron los goznes
 desmantelaron todo:
 a pisotadas demolieron la escalera,
 a puñetazos acabaron con los vidrios,
 arrasaron con todo,
 chamuscaron el pasto, pisotearon
 tristísimos huesitos de paloma;
 se llevaron el frío, se llevaron las últimas botellas,
 se llevaron incluso la pared de enfrente,
 se llevaron la cama y el montón de yerbas,
 se llevaron la mesa y su montón de escombros,
 se llevaron incluso los escombros,
 arrasaron;
 arremetieron después contra el silencio,
 un gritadal dejaron en vez de aquel silencio,
 deshilacharon más después mis alambradas,
 sépase a mis puitas qué le hicieron,
 pateáronme después mi fiel madero, mi astilla de
 querencias,
 la dolorida armazón de donde cuelgan mis colgajos,
 heláronme la voz heláronme la brasa,
 se llevaron en fin, finada, a mi hosca huesa,
 me llevaron a mí, me quedé solo,
 di un traspies, caí, caí hasta el fondo,
 allí me derrumbé, me hice de herrumbre,
 me puse a masticar mi triste hilacha,
 pensé en llevar a hojalatear mis cuarteaduras
 mejor me desistí, me eché un requiéscat,
 un trago de mezcal,
 cavé mi hueco
 crepité
 –concluye todo. ||

desamor. Es el dolor enorme en ese morir de algo que no es la muerte desde donde instala Max su palestra.

El obligado psicoanálisis, al que necesariamente remiten sus poemas, descubrirá al desengaño como "razón profunda de toda tragedia" que a veces expresa el desencanto en ruego, con voz baja, murmurante, como plegaria pidiendo que vuelva ya la que se fue... Los gritos-poemas-aullido que nos brinda Max-lobo, no obstante ser textos del todo personales, cada uno de ellos nos contiene pues describe espacios a los que hemos acudido, y no precisamente en grotescas pesadillas.

Sólo Max puede leer sus propios textos, porque sólo él sabe dónde se encuentra el énfasis, la pausa, la inflexión, el grito, la duración de los silencios, el manejo de los acentos... Por excelente que resulte otro lector, imposible que brinde el tono, la tesitura o la intensidad que requiere el poema.

Cada vez que oímos leer a Max sus propios textos, uno se pregunta: ¿cómo es posible que este poeta medio muerto por tanta lastimadura no derrame una sola lágrima en cada auto tortura?, ¿cómo no suelta una sola gota de sangre en cada empresa dolorosa de lectura? Y la obvia respuesta es que sus escritos todos son un llanto a gritos, a aullidos, a dentelladas de quien se desangra "desgarrándose en el anzuelo de los recuerdos" con los que viene Max a confesar que ha vivido. ||

***Texto leído en Homenaje a Max Rojas, 2º Encuentro Latinoamericano de Escritores, octubre de 2008, Tulancingo, Hidalgo, Unión Latinoamericana de Escritores (ULatE).**



MUSEO DE ANTROPOLOGÍA

DE XALAPA

Alicia Dorantes

*No son muertos los que yacen en una tumba fría;
muertos son los que tienen el alma muerta y viven todavía.*

Nino

Aquella lejana mañana primaveral, llegué a él por la avenida Acueducto, flanqueada a ambos lados por elevadas hayas, que, benévolas, forman un dosel protector contra el sol. El día estaba más bello que otras veces, ya que lucía envuelto en su verde ropaje renacido. Al fondo, el Cofre de Perote; frente a la entrada principal; a las aguas juguetonas de la fuente las movía la brisa matutina y eran la delicia de niños y jóvenes que en grupos pequeños o no tanto visitaban con sus maestros el Museo de Antropología de Xalapa, MAX, como suele llamársele de manera coloquial. Ese museo que en belleza y acopio de obras de arte prehispánicas sigue en importancia al Museo de Antropología de la ciudad de México.

En lo particular, siempre que lo visito, me obsequia un cúmulo de recuerdos familiares... no quiero decir con esto que alguno de mis parientes esté en las vitrinas ¡No! —aunque sería un gran honor—, sino porque mi padre fue un apasionado de la historia en general y de ese museo en particular; prácticamente asistió al nacimiento de su predecesor, cuyos orígenes se remontan a la década de los años 40 del siglo pasado, cuando la colección de piezas arqueológicas comenzó a gestarse, en no pocas ocasiones, con donaciones de particulares.

En los terrenos que hoy ocupa el MAX, entre 1956 y el 57, nació el primer museo formal que antecedió directamente al actual. Primero, surgió una nave circular; después, surgió otra y luego, una tercera. La primera de ellas tenía al frente un hermoso mosaico de tipo veneciano con el relato de la tradición náhuatl, que contaba la historia de cuando el conejo, *tochtli*, se estampó sobre la faz blanca de la luna y desde entonces, en las noches, puede verse su silueta en la blanca faz de la luna.

Un buen día, las tres naves se convirtieron en escombros y dieron paso al actual. De la descripción del nuevo museo podemos decir algunas características, pero esas las encontramos en su guía y en una cincuenta de documentos más; en *google*, *yahoo* y en otros

servidores. Por ejemplo, podemos mencionar que es poseedor de 60,000 metros cuadrados, aunque el edificio sólo ocupa 12,000 de ellos; el resto son jardines. Lo proyectaron arquitectos norteamericanos y su construcción, iniciada en el año de 1985, se concluyó un año más tarde, siendo Gobernador del Estado don Agustín Acosta Lagunes; el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán fungía como Rector de la Universidad Veracruzana y el profesor José Luis Melgarejo Vivanco, fue el primer director del MAX.

Ahí, en las vasijas indígenas que el museo custodia, se fusionan más de 30 siglos de historia, una arquitectura moderna y el entorno verde, como verde es el corazón de algunas salas que semejan selvas, para recrearnos en el presente la vida de aquellas etnias: el resultado de esa fusión es espléndido. En dicho museo, materiales como obsidiana, roca basáltica, mármol, cantera y jadeíta, cobran vida. Esparcen vida. El toque final lo dan las casi 25,000 piezas, muchas de ellas de carácter monumental, como son las cabezas olmecas, llegando a pesar algunas, hasta 12 toneladas y que proceden de San Lorenzo Tenochtitlan. La inscripción con que el MAX nos abre sus puertas, la firma don Agustín Acosta Lagunes y bellamente dice:

"Mexicano, detente. Esta es la raíz de tu historia, tu cuna y tu altar. Oirás la voz silenciosa de la cultura más antigua del continente. Los olmecas convirtieron la lluvia en cosechas, el sol en calendario, la piedra en escultura, el algodón en telas, las peregrinaciones en comercio, los montículos en tronos, los jaguares en religión, y los hombres en dioses".

Esa inscripción la he leído en múltiples ocasiones... y a pesar de ello, cada vez que vuelvo a leerla, me parece fascinante; como fascinante fueron las culturas que ahí se custodian: la huasteca, la totonaca y la olmeca; considerada esta última, como la "Cultura Madre de Mesoamérica". Pero el museo no sólo es el custodio de ese tesoro prehispánico, sino también "el espacio más importante de difusión del pasado precolombino en nuestro estado".



No es mi intención hablar del museo o de sus magníficas piezas, aunque muchas de ellas me seducen de manera particular; sólo por mencionar las extraordinarias esculturas de las diosas llamadas *Cihuatéotl*, "mujeres que al morir durante el parto, eran deificadas para convertirse en especiales guerreras acompañantes del sol en su largo viaje por la bóveda celeste", piezas que, creo, son únicas en su tipo. O los yugos, las palmas y las estelas. O quizá la sala de los Códices; los "libros sagrados" de Mesoamérica que ocupan un lugar especial en el recinto.

Quiero referirme en las líneas restantes a dos exposiciones temporales que aquel día disfrutamos: la primera de ellas era de José Arturo Hinojosa, artista plástico oriundo de Parral, Chihuahua, quien dice acerca de su trabajo creador:

Esta obra, plasma las contradicciones de la vida cotidiana de una manera metafórica y exagerada, en veces caricaturesca. Con uso de colores oscuros y sucios, transporta al espectador a una apreciación sutil de lo grotesco. Humanos deformes, delicados y flácidos son algunos de los personajes que forman parte de los lienzos. No faltan las mujeres sensuales, ni los animales mutantes para enriquecer el contenido, naciendo así, una combinación efectiva para atraer la atención del espectador.

Los colores que emplea el artista incluyen desde el estridente bermellón, pasando por tonos verduscos, azules y rojos, mezclados con el color primordial para él: el negro.

La segunda exposición temporal es más apasionante aún. Pedro Meyer, fotógrafo mexicano, expone una serie de cuarenta fotografías dedicadas a Ernesto Cardenal, su vida; su obra. De Meyer y del tema que aborda nos dice Héctor Montes

La revolución sandinista triunfó en Nicaragua y Pedro Meyer se encontraba ya en su segundo año como foto-reportero. Las imágenes son contundentes, tal como el ascenso de una guerrilla que pronto derrocaría al dictador Anastasio Somoza. Meyer aprovechó los contactos con exiliados nicaragüenses en México y logró adentrarse en los campamentos de la guerrilla sandinista haciendo un destacado trabajo plástico y reporteril que varias veces le ganó la primera plana de su periódico en esos días... Algo está pasando con este joven fotógrafo quien apenas el año anterior había decidido dedicarse plenamente a la fotografía. Algo hay en él que lo impulsó a "irse al monte", como diría Ernesto Cardenal, y afrontar los riesgos y privaciones de estos guerrilleros enfrentados al ejército somocista. Se trata de que se ha convertido

en un fotógrafo profesional cuyo talento y esfuerzo empiezan a ser reconocidos.

Pedro Meyer visitó Nicaragua varias veces entre 1978 y 1984 y su cámara captó y guardó escenas impresionantes, asombrosas. Dolorosamente bellas. Después de la caída de Somoza, se convirtió en observador de una despiadada guerra civil, cruel y perpetuada. Captó la lucha en las calles, en los montes, en los llanos. Capturó los daños que los bombardeos ocasionaron a los barrios civiles y a sus moradores; pero también a los personajes de la guerrilla, a los que tienen nombre y a los que son anónimos. "Meyer nos plantea la esperanza y el gozo en medio del dolor, muerte y desgaste que la lucha generó. Fija las miradas donde el horror de la guerra no quita la dignidad del guerrillero amputado o en la del sobreviviente del bombardeo somocista. Hay gozo y dignidad continuados, a pesar de la guerra civil impuesta por Estados Unidos. Meyer es uno de los ojos privilegiados que puede verlo y mostrárnoslo con sus imágenes", concluye Héctor Montes.

Sí que resultan impactantes sus cuadros; cada uno tiene nombre propio. Meyer los bautizó: *Los combatientes*, *Los muchachos*, *Los rostros del olvido*, *Los dolores del pueblo*, *Costurera llorando*, *Emboscada*, *Comandante Socco*, *Gaspar García y Nora Astorga*, *Guitarras y fusiles*, *El sudor del tirano...* En las imágenes el blanco y el negro se mezclan, crean luces; las despojan. El blanco y el negro dan vida, para luego arrancarla. En la blanca pared de una casucha negra de humos y de muerte, Nino, un revolucionario, garra-patea una verdad irrefutable: "No son muertos los que yacen en una tumba fría; muertos son los que tienen el alma muerta y viven todavía".

¿Quién es Ernesto Cardenal? Ernesto Cardenal Martínez nació en Granada, Nicaragua, el 20 de enero de 1925. Es sacerdote, teólogo, traductor, escultor, escritor, poeta, y político nicaragüense de fama mundial, sobre todo, por su obra poética, que le ha merecido varios premios internacionales. Además se le reconoce como uno de los más destacados defensores de la teología de la liberación en América Latina. Sí. Es poeta nicaragüense. Poeta revolucionario y sacerdote católico, comprometido políticamente con los conflictos sociales de su país. Desde 1954 participó en las luchas contra el dictador Somoza. Más tarde, se ordenó sacerdote. En Nicaragua fundó una comunidad en la isla de Solentiname.

Su poesía, reflejo de su radicalismo personal, denunció el sufrimiento y la explotación de las llamadas repúblicas bananeras, temática que centra su Canto nacional. Se acercó a las ideas de la liberación, las cuales se dejan entrever en sus poemarios: Salmos,



de 1964, Oración por Marilyn Monroe y otros poemas. Ernesto Cardenal ingresó en 1935 al Colegio Centro Americano de los Jesuitas, en Granada, donde estudió el bachillerato. Cursó luego filosofía y letras en la Universidad Nacional Autónoma de México, graduándose en 1947. Entre 1948 y 1949 hizo el posgrado en la Universidad de Columbia, Nueva York. Fue discípulo de J. Coronel Urtecho, integró la llamada "Generación del 40" junto con los poetas E. Mejía Sánchez y C. Martínez Rivas. Viajó por Europa y en 1950 regresó a Nicaragua. Empezó a escribir sus poemas históricos y a traducir con Coronel Urtecho poesía norteamericana, hasta formar una voluminosa antología.

En 1952 fundó una editorial exclusiva del género: El hilo azul, y en 1954 participó en un movimiento armado que intentó asaltar el palacio presidencial, conocido como la Rebelión de Abril. En 1956 escribió su extenso poema político "Hora cero". Pero ese año cambió el rumbo de su vida: resolvió profesar e ingresó en el Monasterio de Nuestra Señora de Gethsemani, en Kentucky, Estados Unidos, donde Thomas Merton fue su maestro y mentor espiritual. Continuó sus estudios religiosos en México y en Colombia.

Ordenado sacerdote en Managua en 1965, viajó a Estados Unidos para planear la creación en Nicaragua de una pequeña comuna contemplativa, que fundó al año siguiente, como hemos mencionado, en el archipiélago de Solentiname. En 1970 visitó Cuba, relatando su experiencia de la revolución en el libro *En Cuba*. También conoció los procesos del Perú y de Chile. En octubre de 1977, cuando se inició la primera ofensiva insurreccional, participaron en ella como guerrilleros un grupo de jóvenes de Solentiname, que asaltaron el cuartel San Carlos, por lo que la Guardia somocista destruyó su comunidad y Cardenal fue condenado en ausencia a varios años de prisión. En 1979, con el triunfo de la Revolución Sandinista, fue nombrado ministro de Cultura, cargo que desempeñó hasta 1988. Pensar en Ernesto Cardenal: el hombre, el sacerdote, el poeta, el amante de la libertad y la justicia, es pensar en Monseñor Óscar Arnulfo Romero, mártir salvadoreño, quien solía decir: "He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección: Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño."

O es pensar en el padre Alejandro Solalinde, fundador del albergue de migrantes 'Hermanos en el camino'... Sí, Ernesto Cardenal fue nombrado tiempo atrás, junto con Eduardo Galeano, otro paladín de la libertad de los pueblos, "Dr. Honoris Causa", por la Universidad Veracruzana. Nada más justo. Nada más merecido. El MAX es depositario de culturas ancestrales y "Caballeros que velan por grandes personajes". ||

Alicia Dorantes

Médica por la Universidad de Veracruz. Diplomada en Creación Literaria. Autora de *Endocrinología clínica*. Coautora de *Historia de la Endocrinología en México*. Publicó por doce años en la Sección Editorial de *El Dictamen*. Actualmente publica en diversas revistas y en el periódico *La Jornada*. Es autora del libro *Cartas para Aimara* (UEEV, 2011) entre otros.

LA CENA

María Judith Damián Arcos

La cena sería fabulosa, se había contratado a las mejores cocineras de la región. No hubo reparos en gastos, la perspectiva de agasajar a Voz de Oro, hijo predilecto de nuestro pueblo, llenó de expectativas a todos. Las mejores frutas de las huertas llenaron la cocina de doña Gertrudis. Se apilaban las canastas de toronjas, guayabas, limas, cocos y granadas. Hubo quien mandó traer de la costa rojas papayas y caimitos de agradable sabor.

El mejor maíz fue seleccionado: de granos rojos, amarillos, morados y de un intenso blanco para las tortillas. No dejaron de lado los mezcales preparados de nanche, amargo y de avispa para hacer los honores de nuestro invitado.

Doña Chole con Margarita sugirieron los postres, a cual más rico y sabroso: dulces de leche y piñón, marinas de nuez como las de Puebla, cocadas de mantequilla, palanquetas de alegría, ajonjolí y cacahuete y totopos de maíz y piloncillo.

Las cocineras prepararon con todo cuidado las viandas: Lomo almendrado, rollitos de carne, ensalada de repollo, chiles rellenos, asado de res con aceitunas y su sopa especial.

Todo estaba en preparación con muchos días de anticipación. Las muchachas elegían sus mejores ropas y se pasaban horas buscando peinados y maquillajes, bolsos y zapatos, adornos para el pelo y perfumes. La emoción crecía. Ya habíamos confirmado la venida de Voz de Oro.

Llegó la tarde, a buena hora las mujeres comenzaron sus arreglos para verse más guapas. Los señores como no queriendo preguntaban por su ropa y las diligentes esposas ya les tenían preparado y listo todo lo necesario. El pañuelo en la bolsa del saco, la flor en la solapa, las mancuernillas relucientes en los puños blanquísimos de las camisas y el último toque de brillantina en los cabellos para amansar las indomables cabelleras lacias. La cita era a las ocho.





Al cuarto para las ocho estaba ya todo listo en el salón Dorado. Las mesas con sus largos manteles de lino, bordados por las minuciosas manos de las monjas, de un blanco que relumbraba y sus floreros rebosantes de frescura coronaban las mesas. La luz inundaba todo el salón. Los pisos fueron lavados y quedaron tan relucientes que brillaban con la luz de los candiles del salón Dorado.

A las ocho empezaron a llegar las familias. Una a una, se hicieron presentes, todos muy arreglados y sonrientes saludándose con afabilidad entre voces de alegría. A eso de las diez ya estaban ansiosos porque de un momento a otro llegaría Voz de Oro.

El tiempo corría y las sonrisas se mostraban en todos los rostros. El conjunto de cuerdas había comenzado a tocar ya hacía mucho rato. Y las parejas se movían inquietas, queriendo bailar pero sin atreverse a empezar el baile antes de que llegara el festejado. No quería empezar el baile sin Voz de Oro. Todos sabían que a las diez y media llegaría.

Eran ya las once y ni siquiera había indicios de que hubiera llegado al pueblo.

A las doce de la noche el presidente municipal recibió una llamada telefónica que le dijo que Voz de Oro se había fugado con una corista rumbo a Las Vegas. Sólo mandó un recado con su representante. "Ahí avísales que no pude ir a la cena y que se diviertan mucho". Un vocerío de enojo se dejó escuchar. Todos estaban enfurecidos.

—Calma, calma—reconvino don Aurelio— ¿qué ganamos con enojarnos? Puesto que al parecer el mejor regalo se lo dio solito Voz de Oro, nosotros entrémosle al baile, que la cena nos espera.

Después de todo don Aurelio tenía razón: había que darle gozo a los pies y retozo al cuerpo. Y la cena estaba tan buena que bien podíamos perdonar a Voz de Oro y cenar en su nombre y sin él. Después de todo, nosotros teníamos nuestra cena y él su regalo de cumpleaños. ||

MARCIANA

María Judith Damián Arcos

Marciana era su nombre, sin embargo se resistía a usarlo para evitarse la cantaleta de los chamacos del vecindario. No le gustaba que la llamaran preguntándole ¿Dónde dejaste tu platillo volador? Y prefería cuando le preguntaban su nombre decir cautelosamente: Marcia, para servir a Dios y a usted. Su edad era indefinible: sus mejillas tenían la frescura y suavidad de los dieciséis años pero sus vestidos oscuros, austeros, de mangas largas y cuellos asfixiantes, recordaban a las señoritas santurronas de principios del siglo XX, y entre ellas su edad vagaba entonces entre los cincuenta o sesenta años.

La familia de Marciana era muy reconocida por su probidad y escasos recursos económicos, así como una religiosidad que desentonaba un poco con estos tiempos, no había opciones de estudio ni de casamiento para Marciana, cosa que a ella la tenía sin cuidado.

Marcia, tan medida siempre, cuidaba evitar cualquier problema y discusión ya fuera en casa con sus padres ya fuera en la iglesia con las mujeres de la congregación. Se sometía dócilmente a las tareas que se hacían en el templo de Santa María de la Concepción aun cuando fueran rutinarias y penosas. Cambiar cirios gastados por nuevos, colocar flores recién cortadas y desechar las marchitas que ya olían a descomposición perfumada, desempolvar cada rincón del altar, cambiar manteles, barrer el piso del altar y tantas tareas menudas y aburridas que nunca supe cómo podía hacerlas sin queja alguna.

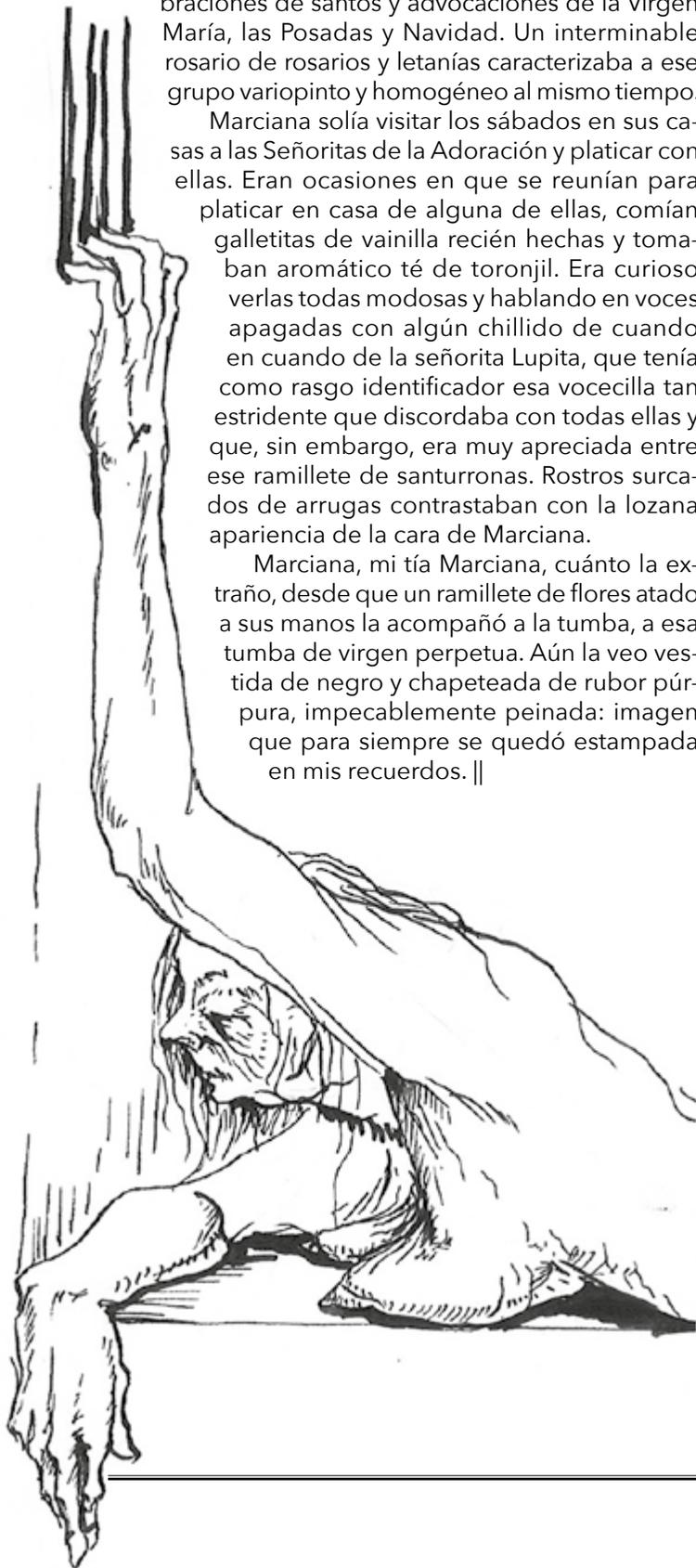
De entre las chicas que iban el domingo a misa fue la única que siguió el llamado del sacerdote para formar parte del grupo de velación de los viernes. Y se



confundía con esos vestidos vetustos y anticuados entre las señoritas quedadas que frecuentaban la adoración del Santísimo los viernes desde hacía muchísimos años. Ese grupo de mujeres era el coro de las convocatorias del sacerdote, ya con sus voces rezanderas ya con sus acciones en los rituales: Epifanía, Semana Santa, celebraciones de santos y advocaciones de la Virgen María, las Posadas y Navidad. Un interminable rosario de rosarios y letanías caracterizaba a ese grupo variopinto y homogéneo al mismo tiempo.

Marciana solía visitar los sábados en sus casas a las Señoritas de la Adoración y platicar con ellas. Eran ocasiones en que se reunían para platicar en casa de alguna de ellas, comían galletitas de vainilla recién hechas y tomaban aromático té de toronjil. Era curioso verlas todas modosas y hablando en voces apagadas con algún chillido de cuando en cuando de la señorita Lupita, que tenía como rasgo identificador esa vocecilla tan estridente que discordaba con todas ellas y que, sin embargo, era muy apreciada entre ese ramillete de santurronas. Rostros surcados de arrugas contrastaban con la lozana apariencia de la cara de Marciana.

Marciana, mi tía Marciana, cuánto la extraño, desde que un ramillete de flores atado a sus manos la acompañó a la tumba, a esa tumba de virgen perpetua. Aún la veo vestida de negro y chapeteada de rubor púrpura, impecablemente peinada: imagen que para siempre se quedó estampada en mis recuerdos. ||



Dos autores dan respuesta a la pregunta ¿Qué me significa ser escritor(a)?



SER EN PALABRAS

María Judith Damián Arcos

Escribir pasa por reconocer mi corporalidad, mis vivencias, mis acciones. Lo que mis cinco sentidos perciben del entorno y las señales que mi propio cuerpo produce. Es ser yo, tener un tú con quien completar ese reconocimiento.

Escribir pasa por emplear la fantasía, la memoria, el pensamiento ordenado. Hacer inteligible lo que percibo, sean acontecimientos de la naturaleza o los de la vida social dirigidos a un tú que sea copartícipe de ser.

Escribir me permite percatarme de muchas maneras de todo lo que pasa en mí y lo que supongo que pasa en el otro, para ello a través de convertir en palabras todo lo percibido y perceptible es que cobra sentido escribir.

Escribir es sedimentar en esta materia significativa aquellas otras experiencias tan flexibles, plásticas y cambiantes y de ser yo y de ser tú. De ser nosotros en palabras. ||

CERTEZA DE LAS LETRAS

Jorge Quintanar

Revolotean los sentidos / en las mentes / en las manos / de los escritores / forjan castillos y torrentes / guerras y otros mundos / cuelgan realidades / en la nada / nos hacen amar / en románticos lances / nos conceden recorridos / por infinidad de vidas / campanarios y holocaustos / juegan a enamorar palabras / las cortejan y ya maduras / las gritan / hasta hacerlas temblar / hasta rendirlas y sojuzgadas / viertan sus mil significados / lloran de alegría / ante lo incierto / la hoja en blanco / es sólo el reto de todos los días / es el impredecible lienzo del pintor / la pureza del bloque de mármol / del escultor / la certeza de las letras / en la hoguera / que alimenta los sueños. ||

Convocados por el Consejo Editorial de *La Llama Azul*, doce autores dan respuesta a la pregunta “¿Qué dota al poema de poesía?”

EL SENTIMIENTO

Patricia M. Cuervo

La esencia de la poesía es el sentimiento que plasma en el alma un conjunto de palabras que al decirlas o leerlas, provocan engrandecimiento al espíritu porque fueron escritas desde el corazón, y que pretenden transmitir de alguna manera la elegancia de una emoción para la que fueron creadas y de la misma forma hacen surgir un efluvio de reacciones y emociones entre un receptor (lector o escucha) y un transmisor (autor). Por lo tanto, lo que dota al poema de poesía es: *el sentimiento*. ||

ESPACIO SAGRADO

Aketzaly Moreno

Para Aristóteles, la esencia de las cosas, como sustancia, era aquello que hace a las cosas ser lo que son. La pregunta se reformularía entonces, ¿qué hace que la poesía sea lo que es? La constante siempre es el hombre, sólo el hombre hace poesía; crea, es potencialidad de creación con sonido y sentido, aunque éste sea el carecer de él. Su materia prima es la palabra, porque su forma está hecha con letras, sean ideogramas o alfabetos; el contenido es música y pintura, porque hay sonido e imagen. Y aunque es producto del hombre, tiene atisbos de ser natural, por cuanto tiene de cíclica, se repite, se repite, como un ritual. En ese sentido, la poesía es un espacio sagrado que devela lo que nunca ha dejado de estar frente al hombre; lo que busca es descubrir, mediante música e imagen, diferentes repeticiones de lo mismo. ||

LA ESENCIA

Pedro Vidal

El parque, las aves, las injusticias, el barrio, todo ávido de ser percatado...todo algo nos grita, nos llama por nuestro nombre y nos relaciona y nos da sentido. Es observar, escuchar, sentir y volverlo a hacer, muchas veces; estar a punto de cruzar la calle y de repente alguien nos tome por el brazo y nos diga: “Cuida-

do señor...” Es dotar de voz, de cuerpos y mundos; significados inexistentes e irreverencias posibles, a través de solo palabras. Es donde otro sentido (que contaremos después del quinto) se desenvuelve en los años. Es atar al papel de raíz, el instante, lo efímero y hacer crecer una estela, a la cual nos asimos al recorrer cada verso y respiramos (porque nos asfixia), para después regresar al mundo, o al menos por el que vamos físicamente. ||

EMOCIÓN AUTÉNTICA

Germán Lastra

El amor es un aroma, dijo una rosa. No, el amor es un murmullo, dijo el río. No, el amor es una caricia atajó el viento... igual la poesía (y todo el arte) es una percepción de quien la emite, quien la escucha, quien la lee, quien la siente y adicionalmente la termina de vestir lo que el medio (sentido) que la entrega provoque, ayuda una buena lectura, un buen momento, un buen orador y por supuesto la entrega de al menos una emoción auténtica en el texto. Un texto limpio toca al receptor, un texto con “alma” llega y se queda.

Del verano roja y fría / carcajada /
rebanada de sandía.

Si sencillo el poema, doblemente efectivo ya que por supuesto mucho cuenta el acervo del receptor para no quedarse en la mera “melodía”. La poesía normalmente despierta sentimientos, contagia emociones con acompañamiento “melódico”. ||

NOTAS DE INTENSA SINFONÍA

Marina Prieto

La esencia de la poesía es escribir en el alba comparando las heridas de la noche con las lágrimas del día. Es esculpir metafóricas sonrisas con un cincel de sorpresas en alegóricas piedras dándoles la forma lírica. Es componer en imágenes bucólicas las notas de una intensa sinfonía. Es deslizarse en simbólicas figuras dibujando una danza con parábolas de elegía.



Es anotar con la pluma del aliento frases llenas de deseos con figuras de suspiros y de rimas. Es descubrir en la tinta sinsabores, sentimientos y también mucho dolor. Es describir la soledad y las sombras, la claridad del matiz, las olas, el mar completo y el imponente rumor. Es tener hambre de hablar del viento y sed de beberse al sol,

Es gritar y hacer silencios. Es mostrar el interior. Es hacer oír la voz. ||

ESENCIAL SOBREVIVENCIA

Héctor Javier Pérez Monter

Hija de la literatura, hermana de la épica y de la dramática, la lírica desnuda con lenguaje el alma humana. La épica hace historia, congrega ideales y construye naciones. La dramática es inconformidad cotidiana, manipulación moral y justiciera. Con palabras dolorosas o reconfortantes la lírica-poesía aminora la incertidumbre y decora la celda paranoica de este espacio y tiempo. Situaciones intangibles, no probadas, sonidos efímeros, un SOS sediento de trascendencia. De todos los rastros humanos, la literatura corre la peor suerte contra el tiempo. Y de las tres hermanas la más inconveniente, nociva, destructiva y negativa es la poesía: no relata, no informa, desmotiva y se suicida. A veces canta odas al poder, pero esa se olvida. Permanece la que representa el alma endeble de generaciones y civilizaciones no triunfadoras ni depredadoras. Como una lección y esperanza de que la humanidad, en esencia, es leal, humana y digna de que sobreviva. ||

MIRADA CON BRILLO

Omar Piña

Hay bebidas y alimentos que huelen y saben a la tierra de donde provienen. Despiertan al olfato y gusto, pueden formar cientos de imágenes: la tierra húmeda, hojas de árboles juguetonas con el viento, la menta redentora que sale del escondite de las hierbas amargas... Y a veces, quizá también sucede con la poesía: destila sus raíces con emociones provocadas. Quien lleva consigo retazos de versos leídos, hilvanados a su memoria, puede reconocer el mundo y despintarlo de cualquier pecado original de una forma distinta; mejor iluminada. Los versos se transforman en armas que sirven para cualquier campo de batalla: el amor, amistad, odio, indiferencia, la carcajada gustosa, la mueca insolente, el desaire, la melancolía al borde Pessoa y el compás de tiempos de Piñera. El herido por la palabra y la vida, sabe que si gana o pierde la batalla, en su memoria le aguardan sitios mejores. ||

VIBRACIÓN DE FUERZA DEL POETA

Gustavo Ponce Maldonado

Erotismo mágico / en el ritmo de sus versos / Cabalga en el insomnio / de un falo místico / en el bosque de las musas / Arrodiolla la tristeza / frente a la palabra / Aplaca las tormentas / de la soledad / es agua en el desierto / cura las noches sin sueño / es el sabor de una ciruela / Navega con la muerte / en la barca de las horas / En el océano azul profundo / su mirada / Fluye en las venas / del recuerdo y del olvido / aposento bendito / entre los pechos de la amada / Sortilegio que habla con las piedras / torna sagrado lo que toca / Entre el hombre y la mujer / es fiesta de liturgia / Su gota resbala / en el pétalo de la rosa / Perla que alumbra lo desconocido / luz y niebla / retorno de los días / Su ritmo vibra con la fuerza del poeta / la tragedia de sus versos / los viste con diamantes. ||

IMPULSO DE CREACIÓN

Alfredo Alcántar

La esencia de la poesía fluye por sí misma en el mundo y en la vida, tanto en la naturaleza abrupta como en la civilización. La armonía del cosmos y sus cataclismos se sustentan en los movimientos de la poesía, fuerza de creación que se encuentra en todas partes. El poeta recibe en su vivencia la intensidad o la mansedumbre poética como de una mano diestra que tañe un instrumento. Siente así la realidad de la belleza y la crueldad del mundo y de la vida en un instante, en un parpadeo fugaz que acaso le deslumbra en la contemplación de la luz, de la alegría, del terror y de la potencia de la muerte. Es testigo vivo del ciclo renaciente y tiembla ante la persistente oscuridad apenas presentida.

La vivencia poética se encarna en el poeta, pero antes flota su esencia en el aire. ||

ESTADO MUSICAL DEL ALMA

Antonio Ávila-Galán

La esencia de la poesía se da en la palabra, porque toda palabra tiene sonido y significado, un buen verso depende de la fuerza emotiva que le pone quien lo escribe. La poesía es un estado musical del alma, porque el lenguaje se nos da sensible al poeta, nos regresa a la originalidad siempre con un ritmo que llevamos dentro; es decir nos baña de un hoy instantáneo.

El poema habla por sí solo, cada verso dice algo que dice el poeta, pero también lo que calla y sólo sugiere. No hay nada más importante en la creación en general, que hablar y escribir tranquilamente, pensan-



do con serenidad el poema se hace. Hay que restringirse: en el interior todos somos iguales. La poesía, es la gota musical y mágica que sale del centro creador, único e irrepetible, además de rítmica. ||

TOCAR EL CORAZÓN

Jann W. Gates

Escribiendo poesía en mi adolescencia implicaba algo personal y casi secreto. Compartía mis poemas solamente con una amiga que también escribía poemas. Siguiéron veinte años enfocados en mi familia y en los adolescentes estudiando la historia en la preparatoria.

El estímulo por reiniciar mi vida poética fue la publicación cada año de un libro por mis alumnos en su último año en la prepa. Los alumnos y los maestros elegían citas de autores y las dedicaban a los compañeros que pronto se graduarían. Participaba yo de

esta manera hasta que entendí que tenía más importancia para mis alumnos cuando escribía un poema especialmente para ellos. Me había dado cuenta cuál era la esencia de la poesía. Escribir poesía es un arte social. Un verso que alcanza su meta no dentro del alma del poeta aislado sino cuando un poema toca el corazón tuyo. ||

SINERGIA DE PARTICIPANTES

Luis Vadillo

La capacidad de capturar por más de uno de nuestros cinco sentidos, más el sentimiento con la razón, propios del ser humano, y plasmarlo mediante la letra, cual vocero sea para el público acaparando su atención, más el valor agregado de quién lo lee, escucha y promueve. ||

LAS MANOS DEL ARTISTA

María Judith Damián Arcos

Podíamos pensar en muchas cosas que evocaran la creación artística, sin embargo, queríamos pensar en sus manos. En esas manos fuertes de toscos dedos que eran capaces de ejercer una fuerza inmensa. Esas manos manchadas de tinta o pintura que se esfuerzan por acariciar con delicadeza el rostro de la niña. Los uno noventa de su estatura se plegaban en varias partes, para estar a la altura de la niña sentada en la banquetta de la calle. La miraba sonriente, y esperaba que con su minúscula voz le dijera que ya podían seguir caminando. La niña junta las manos entre sus rodillas, mueve su cabeza inclinándola a un lado y otro alternativamente. Eran las doce del día, el sol calentaba los negros rizos de la pequeña de tres años y la calva del artista. Habían salido a caminar y eso es lo que hacían. Un alto en el camino que había propuesto la niña y que terminaría en cuanto ella lo dijera. Por un momento los ojos de la niña se fueron detrás de un perro que cruzaba la calle con un trote rítmico y despreocupado. El pintor se sentó en la banquetta junto a la niña para mirar con ella el paso del perro. Un suave aire movía los delgados cabellos de la niña que sonreía.

Ella era quien decidía y por el momento no ejercía voluntad de moverse, se solazaba en estar ahí: sentada en la banquetta, mirando lo que sucedía en la calle transitada por algunas personas con las más diversas actitudes. Las había presurosas y dilatadas; atentas al entorno y

abstraídas en sus pensamientos; mas todas indiferentes a los dos que permanecían sentados en la banquetta.

Sentían el rayo del sol sobre la cara y no les preocupaba.

Aquel artista tenía muchos años de vivir en esta población. Su familia era de diversos orígenes: unos mexicanos y otros europeos. Los oficios predominantes en la familia eran las diversas artes: toreros, actores, músicos y este pintor.

La vida no era fácil, sin embargo, su confinamiento en esta provincia atrasada y de personas muy tozudas le daba una situación de tranquilidad en la que podía refugiarse de sus salidas a Nueva York, Nicaragua, Venezuela, Cuba, por mencionar aquellos lugares en que se han presentado sus pinturas o su hacer como universitario o periodista le ha llevado.

Sentado ahí con la nena en la banquetta con esa sonrisa beatífica de cincuentón con hija de tres años, con cara de abuelo de su hija: era una estampa de amor filial. ||

María Judith Damián Arcos

Nació en Chilpancingo, Guerrero, el 27 de febrero de 1951, es profesora de la licenciatura en Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Guerrero.



LOS CIPRESES DESCIENDEN A MI AVERNO

Gustavo Ponce Maldonado

Entre parvadas de cuervos
sobre campos de trigo
crece mi locura
Arriba ya no hay cielo
una oreja sangrante
escucha el color de los castaños
las piedras miran
por los sembradíos
descubren unos ojos calcinados
se amotinan las nubes
los pinceles tiemblan
Un pájaro negro
oscurece la vida
de etéreos girasoles
Los cipreses descienden
a mi averno

Vang Gogh en el 1er centenario de su muerte

POETA PEREGRINO

Gustavo Ponce Maldonado

Apagar la luz
y en la oscuridad
escuchar a la palabra
que su fuego
ilumine al mundo

TESTIMONIO PARA T. S. ELIOT

Gustavo Ponce Maldonado

Al motín de la tierra
se une el campo yermo
El infierno de Owen está congelado
La asonada del viento
levanta en insurrección a la hojarasca
El calor del mediodía se rebela
su temperatura quema los purpúreos
ojos de las ninfas
El río se detiene con el verso
derrama el vino del que beben los poetas
El paraíso de Pound se ha perdido
Dublín abre los ojos de Joyce
en silencio las hojas de hierba
conspiran con Whitman
de frente al motín libero a la palabra

AQUELARRE

Gustavo Ponce Maldonado

Wagner me atrapa en su resonancia
en medio del caos del infierno
Cabalgo con las Valquirias
sus cánticos embriagan mi danza
Bebo en el santo grial
la sangre de la Aurora
Persifal aquelarre maravilloso
éxtasis del superhombre

Culto al inmortal Fausto
apasionada aberración de Goethe
talento y miseria bajos fondos del mundo
Schopenhauer vence
sólo queda la razón de mi instinto

Mendigo lo más íntimo
de la miseria humana
encuentro de la voluntad
trance fantástico de la pureza
de los caballeros templarios
El vocero de la muerte
incendia el mundo
sus aspas cósmicas
esparcen brazos y ojos calcinados

El águila de la muerte
vuela en la armonía del abismo
hieren sus garras
devastan igual que el hielo o el fuego

PALABRA QUE DEVORA

Gustavo Ponce Maldonado

Frecuentemente olvido a la palabra
sus letras se evaporan en la piel
apenas me doy cuenta de que existo
en ocasiones soy un trozo de vocal
mi voz se atasca y se pudre transporta objetos vacíos
ella existe dentro de la muerte
sus consonantes habitan los pantanos de mi alma
La piel se desvanece es una pintura vieja
el viento delecta soledad me despoja de la máscara
ya sin rostro encuentro nombres arrugados y secos
Necesito sumergirme en las profundidades de la
perfección
y olvidar a la palabra ERNEST HEMINGWAY
la asesinó
con un disparo de escopeta en su boca
mas la palabra está viva tiene soles que devoran
Soy un lisiado de mi libertad



LOHENGRIN

Gustavo Ponce Maldonado

Muro cárcel encantada pregunta
 prohibido prohíbe divinidad libera
 Mi oscuridad le habla al silencio
 Dormido duermo soñando sueño
 paladín fuego sangrante
 bruma niebla oscura oscuridad silencia al silencio
 dormida duerme soñando sueña
 muriendo muere Elsa de amor Mágica magia del Cisne
 Lohengrin vive viviendo
 Se esfuman sus notas
 Derramo mi sangre en el santo Grial

CÍRCULO MÁGICO

Gustavo Ponce Maldonado

Por el sendero de las presencias ocultas
 la bruja del Sabbat
 con papilla lunar
 alimenta mi sueño
 Las almas de los montes
 me conducen a la gruta mágica
 Junto al gran maestro
 toco el arpa solar
 En la torre de las revelaciones
 con hilos invisibles
 tejen mi destino
 El relojero rompe los instantes
 se detiene el tiempo
 Duerme la bruja del Sabath
 sin su alimento lunar
 despierta mi sueño
 Desciendo del Monte Análogo
 toco el arpa en la oscuridad
 escucho música de los fantasmas
 Bicicletas capilares
 me sujetan al Círculo Mágico. ||

Gustavo Ponce Maldonado

(México, 1941)

Vicepresidente de la Academia Literaria de la Ciudad de México, A.C. Diplomado en Creación Literaria INBA/CONACULTA, 2011. Ha publicado 27 libros propios y antologías compartidas de poesía y narrativa. Recibió el premio Internacional en narrativa del Centro Vasco Francés en Argentina, 2013. Reconocimientos por sus obras poéticas en la UNAM, Bellas Artes, CONACULTA y en el IPN.

**LA EDUCACIÓN
Y LA PAZ**

Ricardo Fidel Linares Gonzales

Hace algún tiempo asistí al cumpleaños de uno de mis nietos en Chile, debo aclarar que soy quizá un fiel representante de la era moderna de las comunicaciones y transportes, tengo dos nietos peruanos, una chilena y dos argentinas, y para completar esta gama, tengo dos nueras Argentinas, una chilena y una peruana. Como es de verse, había niños de las tres nacionalidades.

Me quedé maravillado al ver cómo esos niños disfrutaban de los juegos, compartían maravillados la alegría, los juguetes, los dulces, etcétera. Para ellos no existían las nacionalidades, las fronteras en sus cerebros nunca fueron creadas, era toda armonía, y amor.

Esa noche, mientras trataba de dormir, meditaba para mis adentros: "Ellos no conocen el odio, solo sienten en su corazón un gran amor y una inmensa tranquilidad y paz."

Estaba pensando quiméricamente esa noche, que quizá el único camino hacia la paz mundial sería que no dejemos nunca de ser niños: ellos no conocen la maldad, tienen una mente sana, no conocen el odio, solo saben dar amor.

Mientras me daba el lujo de soñar despierto un nubarrón de tristeza me invadió, atropelladamente llegó a mi mente el recuerdo de unos años atrás, cuando haciendo un poco de turismo recorría por el morro de Arica (monumento histórico): quedé sorprendido cuando vi cómo dos grupos de niños de unos doce años, se enfrentaban y luchaban agresivamente a pedradas y toda arma que conseguían, luciendo sus instintos sanguinarios, y no me cabe duda que si hubieran podido obtener otro tipo de armas, no solo habría una que otra cabeza rota, por el contrario tendríamos que contar los cadáveres. Felizmente la presencia de la policía logró separarlos y embarcarlos de vuelta. Después pude enterarme que era un grupo de escolares chilenos y otro de peruanos. Me pregunté: ¿Qué pasó entre esos niños de siete años que eran felices y estos de doce que intentaban matarse mutuamente. Qué cambió?

Es triste reconocerlo, pero en esos cinco años lo más importante que hubo de por medio fue **la educación**.

Hace 136 años estos dos países hermanos sufrieron la que sería la guerra más grande en Sudamérica con la intervención de Perú-Bolivia y Chile, que ni siquiera fue provocada por los países intervinientes, sino como siempre por los intereses económicos extranjeros, esta vez siguiendo lo que en esa época era más importante



que el petróleo: el salitre, el único fertilizante conocido, existente en el desierto de Atacama, perteneciente al Perú, y que este país no quería explotar porque tenía la comercialización de guano de Isla, otro fertilizante.

Un lamentable episodio financiado por una potencia europea, para apoderarse de ese mercado. No tuvo ganadores, porque el país que militarmente ganó tuvo que enfrentar las deudas contraídas en armamento, sin los recursos del salitre ya que al año siguiente se descubría la Urea, primer fertilizante sintético y que hasta ahora se usa, y que se saca del aire como materia prima. Es triste reconocerlo, pero en el Perú, como en una inmensa cantidad de países de preferencia subdesarrollados o en vías de desarrollo, impulsado por intereses en su mayoría políticos, o en un seudopatriotismo, manipulado hábilmente por los políticos de turno, los cursos de historia mantienen un curricular repasando, "tremendizando" e idealizando los actos de guerra, y endiosando a sus héroes, no importa cuántos años atrás sucedieron; fomentando así un clima de odio y venganza.

Comienzan a recorrer por mi mente cuando el profesor de historia, exagerando el seguimiento curricular explicaba las diferentes batallas de esa guerra resaltando exageradamente el heroísmo de nuestros militares, rayanos en el fanatismo, y con exabruptos insultando a los "malvados chilenos", y las crueldades que hacían con nuestra gente. Después de esas "clases" de Historia, salía solo con la ardiente idea de matar chilenos. Estigma que me ha acompañado toda la vida solo menguado por mi cultura y madurez.

Cuando ya creía saturada mi capacidad de odio, la semana siguiente aprendía a odiar a los "explotadores españoles", que sanguinariamente sometieron martirizaron y explotaron a nuestros indios, dejando un reguero de sangre por el continente.

En otros términos, aprendí a odiar y querer matar chilenos y españoles antes que aprender a leer y escribir. No es entendible que ese encuentro de culturas era un hecho predeterminado por el avance de los pueblos, y que tenía que suceder, si no hubieran sido los españoles, hubieran sido los portugués, franceses o ingleses, y quizá con un poco de mejor suerte seríamos los americanos que hubiéramos descubierto Europa. Y no estaríamos, 500 años después, perdiendo el tiempo en la absurda discusión de dónde ponemos el monumento de Pizarro o Colón, cuando se reviven nuestros "heroicos" patriotismos.

Años después, en mi vida profesional, tuve la suerte de compartir reuniones en Chile con amigos chilenos, y revisar un poco la historia, no me sorprendió conocer que los hechos desde su punto de vista fueran diametralmente opuestos, tampoco me sorprendió conocer que el curricular de Historia en los colegios era similar al nuestro.

Creo finalmente que esos dos grupos de niños que luchaban a pedradas, solo obedecían al odio que los

profesores les inculcaron en clase, es increíble pensar que después de 136 años aún sigamos envenenando la mente de nuestros niños, haciendo una inútil apología de la violencia.

No quiero desmerecer el éxito de nuestros héroes ni sus victorias, ni siquiera quiero destruir sus monumentos, solo pretendo explicar que ellos tuvieron su tiempo y actuaron en consecuencia, y quizá con ello sembraron la patria que ahora tenemos. Honremos su memoria, pero dejémoslos descansar y caminemos hacia el futuro que ellos mismos habrían soñado para nosotros.

Quisiera hacer una muy clara división entre los verdaderos héroes que lucharon defendiendo nuestras fronteras, para conseguir o mantener nuestra libertad, y aquellos que disfrazando tan sacra palabra, involucraron en nuestra bandera sus ambiciones personales, y dentro de nuestras propias fronteras mataron y masacraron hermanos en nombre de una falsa libertad.

Es un Concepto común decir que la paz es la ausencia de guerras, y vivir sin ningún conflicto con los vecinos, yo creo que eso es precisamente la consecuencia de la verdadera paz.

La paz no viene de fuera, sino desde muy dentro del ser humano. Nace con el individuo, es parte del patrimonio con que viene a este mundo, es función de nosotros los adultos cultivarla. Si logramos que cada individuo tenga su propia paz lograremos que el mundo tenga paz, y por lo tanto no existirá la guerra ni como concepto.

Fomentar la asimilación de valores de paz, honestidad, honradez, trabajo y respeto hacia sí mismo y hacia los demás, ayudará a los niños a crear un mundo mejor. Educar a un niño en estos valores significa que el mundo contará en un futuro con un adulto que ponga en práctica lo aprendido y lo plasme en su trabajo. **La clave para llegar a tener un país en paz, progreso y desarrollo reside en la educación de los niños.**

Creo que es momento que todos los escritores y comunicadores del mundo, aprovechando ese don que tenemos de saber llegar a la gente, elevemos nuestra voz en una cruzada para que en todo el planeta los cursos de historia tengan una curricular de paz y futuro. Y no olvidar que un buen niño, será un buen padre y forjará una familia como base de una paz duradera.

Si queremos un mundo de adultos pacíficos, formemos un mundo de niños pacíficos. ||

Ricardo Fidel Linares Gonzales

(Lima, Perú, 1942)

Premio mundial de poesía "Andrés Bello" 2013. Embajador Universal de la Paz en el Perú. Presidente honorario de la Unión Hispano mundial de Escritores. Miembro y colaborador de la casa del poeta Peruano. Miembro distinguido de la Academia Literaria de la Ciudad de México, A. C.





NARRACIÓN EN MORADO

José Antonio Durand

Vibra en el ensayo de danza al compás de notas que brotan de la grabadora y acompañan las canciones del programa. Vive intensamente la práctica dancística. Ensayo para actuar veinte minutos, solo veinte minutos en paradoja de estrellato y martirio en el cuchitril que noche a noche acoge su arte de canto, de baile y sufrimiento.

Se ha acostumbrado a las burlas, a los gritos de insulto, a los tocamientos obscenos, los baños de cerveza y orines... Hoy ya no le importan las agresiones de los perros. Ignora los abucheos, silbidos, y escupitajos de un público salvaje, pedestre. Es la atracción principal, lo sabe y asume el papel como profesional del espectáculo.

Noche a noche recibe varias nalgadas y alguna que otra patada en el trasero, pero nada detiene la armonía del canto/baile. Mantiene la sonrisa habitual, esperando ver caer pronto el último grano de arena del reloj que marca el final del suplicio.

Saca cuidadosamente la peluca de la campana de cristal y ahí, frente al espejo, la sujeta al cabello con pasadores. El rímel, bilé y colorete dan los últimos retoques a ese rostro triste. Se santigua y encamina al escenario. Mientras, con impostada voz de locutor, el enano anunciador apunta: "Respetable auditorio, con ustedes la atracción exclusiva del centro nocturno 'Imperial': Hoy, como noche a noche, directamente del *Folies Bergère* de Francia: 'La Loca de la Peluca Morada'..."

Después vino el ofensivo y habitual griterío haciendo inaudible la voz cantante. Esta vez las agresiones llegaron a excesos de humillación extrema: las bestias no solo golpean, también le arrancan la peluca lanzándola de aquí para allá en un juego sádico por demás grotesco.

Ahora, con el ojo morado, amoratado el cuerpo y demolida el alma, se dispone a dormir acompañando el sueño con la cinta grabada de una sola canción repitiéndose una y otra vez.

Inicia el ritual defensivo al entrar en pensamientos cuasi-poéticos con la llave de su color predilecto. Piensa en morado y piensa que todo lo que necesita es amor: "Amor, amor atado. Amor, amor amoratado. Amor vestido de morado, amor llegado retrasado: amor demorado. Amor morado, amor que mora en otro lado"... Ya duerme, duerme con la sonrisa regalada por la canción de los Beatles: "*All you ned is love*", tururú... *all you ned is love*, tururú...

Sueña, se sueña en la pista de lujoso cabaret bailando y cantando con vestido morado de lentejuelas moradas, zapatillas moradas y morada la peluca, morada la luz de marquesinas que anuncian su estrellato, morada la luz de reflectores que palidecen y se apagan... Así, lentamente, como la miel, se convierte en mariposa, mariposa de un solo color, de uno solo. ||

José Antonio Durand

Psicólogo, Maestro en Sociología. Diplomado en Creación Literaria, INBA-CONACULTA. Presidente de la Academia Literaria de la Ciudad de México, A. C. Vicepresidente de la Academia de Extensión Universitaria y Difusión de la Cultura, FES Zaragoza, UNAM. Vicepresidente y Miembro Fundador de la Unión Latinoamericana de Escritores (ULatE). Asesor de Escritores del Golfo de México, A.C. Autor de 8 libros de poesía y cuento. Ha recibido diversos premios y reconocimientos.



LA BOTICA “DEL PINO”

Judith Solís Téllez

Don Andrés Pino fue uno de los primeros boticarios de Atoyac. La botica “Del Pino” ocupaba un segundo piso construido de madera en la antigua casona de tejas y amplio corredor, a espaldas de lo que es ahora el parque infantil, entre las calles Agustín Ramírez e Independencia. Aprendió el oficio de manera autodidacta, leyendo con atención la *Farmacopea*, libro de cabecera de los boticarios; en donde encontraba descripciones, dosis y contraindicaciones. Era un hombre dicharachero y con sentido de humor. Cuando alguien le quería pedir un favor: “don Andrés, no habría manera...” “Pues si no hay manera, habrá bragueta”, contestaba jugando con el doble sentido de las palabras sobre partes de las prendas de vestir.

A mis tías no les gustaba ir a la botica de don Andrés, porque decían que era muy regañón. Paradójicamente, él que con sus pócimas curaba los males ajenos, padecía de unos accesos de tos que se oían a varios metros alrededor de su botica y eran escuchados por los vecinos: “ya está tosiendo don Andrés”. Entre las anécdotas que se recuerdan de él está lo que le aconsejó a la madre de un niño mayor de cinco años que no paraba de llorar: “Dale chiche para que se calle” o lo que le dijo al padre Herrera, en una ocasión que iba a caer un aguacero: “me bebo toda el agua que caiga”. “A ver bébasela don Andrés”, “pues júntemela”.

Si necesitaba ayuda le echaba un grito a su hija: “Luchiiii”, quien se asomaba presurosa y agitada, con ese andar rápido que probablemente se originó en los gritos de su padre o debido a la leche de chiva con que la amamantaron, ya que, cuando tenía tres meses, su madre enfermó de una fiebre intensa y ya no pudo seguir alimentándola. Tal vez le deba a la leche de chiva su agilidad que, a su edad, le sigue permitiendo treparse a cualquier parte.

Doña Luchi recuerda: “Tuve tres nodrizas *mama* Justina, *mama* Mónica y *mama* Elena. A las tres les regalaba el diez de mayo y tuve amistad con ellas hasta el día en que murieron. A *mama* Elena le llevé una vela bendita, y recé el primer rosario de mis otras nodrizas. Una de ellas sufrió una caída y quedó inconsciente. Las vi morir a las tres.”

Su madre Francisca González cuidaba unas plantas de flores amarillas: “Un ‘recedal’ (sic) y el jasmín, así como también un árbol de chirimolla, que da unas bolas moradas”. A doña Luchi le ha gustado cuidar de esas flores amarillas que le recuerdan a su madre, además le agradan los jazmines. En su casa de Acapulco tiene una chirimolla.

Doña Luchi fue una de las boticarias pioneras en Atoyac. Aprendió el oficio de su padre don Andrés Pino. A ella le hubiera gustado ser doctora o química, “pero, ... no hubo manera”. Cuando don Andrés murió, le tocó hacerse cargo de la botica “Del Pino”. Tenía 22 años cuando ella sola preparó el medicamento. Después se presentó a realizar su examen con lo que obtuvo la licencia de salubridad para ejercer como boticaria.

Al morir, su padre se quedó a cargo de la botica. Tenía el trato amable y le falló la mano dura necesaria para el negocio. La gente pasaba a la botica “Del Pino” después de haber ido al médico, y muchas veces no les alcanzaba para la medicina, ella se compadecía y les fiaba. Eran pocos los que regresaban a pagar. Doña Luchi estuvo a cargo de la botica durante cuatro años. Estando endeudada se declaró en quiebra y comenzó a regresar remesas de medicina a los laboratorios, quienes le devolvieron su dinero y le aseguraron el crédito, por si decidía volver al ramo boticario.

Cuando se declaró en quiebra le ofrecieron hacerse cargo de una botica en Acapulco, porque la dueña había enfermado de tétanos.

Después dirigió “La Moderna”, una importante cadena de farmacias de Acapulco. Asimismo, inyectaba “a gente de dinero”; entre ellas a la esposa de Cantinflas.

Luchi tuvo dos hermanas: Josefina y Teresa, esta última fue esposa del compositor y cantante Fernando Rosas Solís (originario de San Jerónimo, Guerrero), quien se volvió famoso después de ganar un concurso de aficionados en la XEW. María de los Ángeles, hija de Teresa Pino y de Fernando Rosas, heredó la voz de su padre y antes de casarse se dedicó a cantar. Ahora reside en Los Estados Unidos.

La vieja casona en donde estuvo la botica de “Del Pino” era de una hermana mayor de don Andrés, de quien Luchi heredó el nombre, por lo que coincidían sus iniciales: Ma. de la Luz G. Pino. Doña Luchi cuidó de su tía hasta que murió. Su propio padre le vendió parte de la casa paterna debido a la coincidencia del nombre con su tía. En 1959 desapareció la botica de “Del Pino”. ||

Judith Solís Téllez

Profesora-investigadora de la UAGro. Ha publicado recientemente: *Preparatorianos. La fundación de la Preparatoria No. 22 de Atoyac de Álvarez, Guerrero, durante el terrorismo de Estado (de la década 1970) en México*, UAGro, 2014, y *Aspectos de la literatura latinoamericana siglos XX y XXI*, Eón, 2014.



EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE

César Raúl González Bonilla

A sí lo quiso el azar, o tal vez de esa manera estaba escrito en el libro de lo propio, seguramente en el capítulo que solemos llamar destino. Recién iniciaba mi trayecto, cuando se desocupó un lugar justo enfrente de mí, el señor de la camisa a cuadros y la bolsa de herramientas se puso de pie y se alejó hacia puerta del autobús, franqueando mi costado derecho sin necesidad de empujarme para hacerse espacio. Yo simplemente giré un poco en el sentido de las manecillas del reloj para dejarlo pasar y así ocupar el asiento que dejó disponible, con un suave movimiento de rodillas. Lo inusual fue que el autobús estaba casi vacío o, por lo menos, no tan lleno como suele estar todas las tardes.

El autobús arrancó el viaje que me llevaría a través de veinte estaciones, conmigo sentado en un lugar estratégico para ver transcurrir la tarde citadina, a la hora de regresar a casa, descansar y reunir la energía necesaria para enfrentar la siguiente jornada. Desde mi asiento en la última fila, ahí donde el ruido y los gases del motor adormecen y hacen más pesado el traslado, podía observar cómo se escribe la biografía de las calles, el transcurrir de las personas comunes con sus quehaceres diminutos, los pasos interminables de los zapatos desgastados y los movimientos desordenados de la multitud, en la sinfonía del caos en el centro de la ciudad.

Recorrí el interior del autobús con la mirada, pude hacerlo sin ser observado por los demás pasajeros y lo hice sin la intención de acechar, sólo para construir un mapa mental del entorno, tal vez con recelo y desconfianza. Todos los pasajeros hacían lo mismo, escudriñaban brevemente y luego buscaban la manera de acomodar sus ojos hacia un punto neutral donde no fuesen a chocar de frente con otros ojos. Así suele suceder con las miradas que se cruzan sólo un instante y se esconden de inmediato en ningún lado. Sostenerle la mirada a alguien es motivo suficiente para iniciar un conflicto, por eso aun en los lugares más apretujados es necesario respetar el espacio vital de los otros.

A mi izquierda, viajaba cerca de la puerta un muchacho con el gesto de enfado habitual entre los jóvenes. Traía puesta una gorra de béisbol con la visera hacia atrás que dejaba ver un poco de su pelo negro enredado, tomaba con la mano derecha el pasamanos vertical y cargaba en su espalda una mochila negra que se veía ligera, seguro con los cuadernos de la escuela preparatoria. Casi enfrente de él, en el otro extremo del autobús,

se encontraba de pie una joven. Vestía unos pantalones de mezclilla azul tan apretados que me hicieron evocar la imagen de un embutido. Estaba suficientemente lejos como para no verme en el conflicto de ofrecerle mi valioso asiento. Un poco más allá viajaba sentada una señora sesentona con su desgastado mandil de la cocina y con una bolsa de mandado en el suelo, asentada frente a sus piernas varicosas. Delante de la señora del mandil estaban sentadas dos enfermeras que platicaban y con sus risas interrumpían el gruñido continuo del motor. Supongo que criticaban a algún médico residente, ya sea por su inexperiencia o por su modo de caminar.

Comencé a dormitar recargado contra el ventanal de acrílico, que ya había sido víctima de las frustraciones o de las pretensiones artísticas de una navaja anónima que dejó ahí un mensaje indescifrable y con implicaciones sexuales. A mi derecha, en la calle, se desarrollaba la danza de las hormigas, la señora que jalaba a un niño por el brazo con una fuerza tal que casi le luxaba el hombro, el viejo de la bicicleta, el señor de las gelatinas y el burócrata de los pasos apresurados.

Interrumpió mi dormitar un muchacho que se subió en la siguiente estación, lo observé de reojo y de manera inconsciente lo clasifiqué como no peligroso. Se trataba de un joven delgado, de unos veinticinco años, que vestía un traje lustroso azul marino impecable pero notablemente corriente, corbata a rayas azules y rojas y camisa blanca, era el clásico vendedor del departamento de trajes en alguna tienda departamental. Cuando cerré los ojos y comencé a cabecear, sonó el teléfono celular del joven vendedor con la melodía de *"love is in the air"*, esa canción que fue muy popular en los años ochenta y que solíamos bailar a ritmo de disco, sumergidos en un mar de luces estroboscópicas de colores. A muchas personas les gusta personalizar los tonos de llamada entrante en sus celulares, generalmente con sonidos fastidiosos que abarcan desde el clarín de atención para las llamadas del jefe, hasta el pregonar del vendedor de tamales que identifica a los amigos. El joven vendedor sacó el teléfono de la bolsa izquierda interior de su saco y contestó casi gritando. Por lo común las personas tienden a hablar por celular con un volumen alto de voz, como si quisieran alcanzar a su distante interlocutor a través del aire, sin considerar que le están hablando directamente al oído y que sería más prudente tratar sus intimidades como si estuviesen en el confesionario. La sana costumbre de respetar el espacio físico y ambiental de nuestros semejantes se ha perdido irremediamente y tenemos que soportar los malos gustos, los gritos y el salpicar de la saliva de la gente.

El joven vendedor conversaba con el éter, hacía pequeños guiños y hablaba con las manos, el cuerpo y el corazón, como si tuviera a otra persona enfrente. "Hola mi amorcito... cómo estás, princesa... también yo te quiero



mucho, chaparrita... sí... sí... terroncito de azúcar, en cuánto llegue a casa... bueno, adiós... tú primero... cuelga tú... ay, no colgaste... tú... tú... muach... muach". Entre arrumacos y caricias a distancia se consumieron más de cinco minutos de tiempo aire, parecía recompensar a su cachorro porque parloteaba de la misma manera que lo hacen las personas que tienen "perrhijos", quienes tienden a parar un poco los labios, mediante la contracción el bucinador y otros músculos de la cara, cuando dicen "good boy, goooood boy".

La muchacha de los pantalones de embutido miró al joven con ternura y volteó los ojos para atrás, como diciendo "yo quiero un novio así", el chavo de la cachucha se recargó contra la puerta con deseos de vomitar, mientras la señora de las várices miraba al frente impávida. Yo solamente me pregunté si no me habría salpicado la miel que derramaba el joven en abundancia y cerré los ojos de nuevo. El autobús siguió su curso en medio del ronroneo y con el vaivén propio de un barco en aguas bravas. La población adentro del autobús se incrementó notablemente en las dos estaciones siguientes y el calor comenzó a sustituir a la luz del día.

Dormía con un sueño muy ligero y escurría un poco de saliva a través de la comisura de mis labios, cuando me regresó a la realidad del autobús la tonadita del "Love is in the air, everywhere I look around". El joven vendedor repitió con precisión los movimientos de su brazo y mano derechas para poner el teléfono en su oreja, su voz dejó de ser melodiosa paulatinamente, pero conservó el tono amable, sus movimientos fueron acompañados y miró al techo del autobús con enfado. "Sí... sí... ya te dije que sí voy... no, no tengo inconveniente... no, no te ves gorda con ese vestido... bueno, sólo un poco... un poquito... redondita... no, mi amor, no estás... no quise decir eso... .ajá... ajá... te quiero... yo... bueno... bueno... adiós". Otros siete minutos de tiempo aire consumidos y después el silencio del joven que nos regresó al rumor del autobús. Los recién llegados siguieron en sus asuntos, las enfermeras continuaron criticando a sus compañeros de trabajo, mientras la muchacha embutida miró al joven con recelo y desconcierto, el de la cachucha hizo un gesto de enfado y la señora varicosa continuó tan inexpresiva como una esfinge.

El chofer del autobús frenaba con brusquedad, casi con violencia. Los pasajeros éramos rehenes de la inercia y nos movíamos hacia adelante y hacia atrás en sintonía. Afuera comenzó a llover, los paraguas y los impermeables improvisados con plásticos desfilaban ante mis ojos. Sin embargo, yo ya no ponía mucha atención al devenir de los bichos urbanos y, a partir de entonces, mi radar estuvo más atento a la bolsa interior del saco del vendedor.

No sonó el teléfono. Esta vez el joven lo sacó y marcó apretando una tecla de marcado rápido, esas que se reservan para los contactos favoritos. Colocó el aparato en

su oreja derecha, que para entonces estaba enrojecida, "no... no me gusta que me hables así... claro que no... yo no dije nada... no... no... no estás gorda... y no... no quiero ir... no me gustan tus amigas... bueno... adiós". La llamada sólo consumió dos minutos de su tiempo aire. El vendedor guardó el teléfono, apretó las mandíbulas, se asió firmemente al tubo superior con la mano izquierda y colocó su mano derecha con el puño cerrado en la cintura en señal de triunfo, como si hubiese puesto las cosas en su sitio. La señora de las várices permaneció inmovible, pero la embutida palideció mientras miraba al joven con desprecio. El de la cachucha y yo cruzamos miradas y conversamos en silencio, me dijo mentalmente "cómo ves a este güey" y yo le contesté, mentalmente también, "no, pues ya se metió en un flato". Con la mirada se puede platicar utilizando toda clase de impropiedades sin ofender a nadie, pues está permitido por el manual de las buenas costumbres.

Dejó de llover y se respiraba la humedad en el ambiente cuando la población del autobús comenzó a disminuir porque ya habíamos pasado por el centro de la ciudad. Las enfermeras se bajaron en la siguiente estación y yo estaba cerca de mi destino. No habrían pasado ni dos minutos cuando sonó de nuevo "love is in the air, every sight and every sound" y se repitió la ceremonia de poner el teléfono en la oreja. El vendedor contestó con voz seca, "no... no... ya te dije que no me importa... pues me da igual... no, no me regreses nada... y además para que te lo sepas, sí, sí estás muy gorda". Se escuchó un pitido, se cerró la puerta y arrancó el autobús. El vendedor guardó el teléfono tres minutos y quince segundos después, con el rostro desfigurado, se aflojó la corbata y a partir de entonces se dedicó a contar briznas de polvo en el suelo del autobús. La embutida hizo pucheros con ira contenida, el de la cachucha tenía ganas de darle un zape en la cabeza al joven y la varicosa continuó muy circunspecta.

La siguiente era mi estación y sentía la necesidad de prolongar mi trayecto dos estaciones más, porque tenía la esperanza de escuchar "love is in the air" de nuevo. Sin embargo, me incorporé y dirigí hacia la puerta. La señora de las várices miró al joven vendedor con indulgencia, en tanto que yo alcancé a leer en el rostro de la señora la preocupación agrandar su exiguo mandado de la misma manera que una vez se multiplicaron los panes.

Se detuvo el autobús, se abrieron las puertas y avancé tres pasos. Escuché a mi espalda el pitido que anunció que las puertas iban a cerrar. El autobús arrancó y avanzó a mi lado derecho, giré instintivamente la cabeza buscando algo, pero la multitud no me dejó observar con claridad a través de las ventanas. No estoy seguro, pero cuando me alejaba a través del andén silbando "love is in the air", me pareció ver al joven con el teléfono celular en la oreja derecha. ||



César Raúl González Bonilla

(México, DF, 1956)

Médico Cirujano; Maestro en Salud Pública; Maestro en Ciencias y Doctor en Ciencias Biomédicas. Estudios postdoctorales en la Universidad de Maryland. Profesor de Asignatura en la Facultad de Medicina, UNAM y en la Escuela Superior de Medicina del IPN. Recibió el Premio Anual de Investigación Médica del Instituto Syntex en 1989, entre otros premios y reconocimientos.

IMPROBABLE

Juan Manuel Serrano Márquez

Regresas a causar ciclones en mi bahía
Estruendo en mi silencio
Terremoto en la zona sur
Huracán selvático
Eres improbable, impredecible
Destrozas todo a tu paso
Maldito espejismo ciudadano
Te odio
Pero tuve la dicha
De haberte contemplado de cerca
Y haber sobrevivido.

MI DIOS

Juan Manuel Serrano Márquez

Si existiera Dios
Me gustaría que fuera un perro
De esa manera nos amaría más que a Sí Mismo
Y no lo haría por compromiso
Entendería por qué juega con el Universo
Podría platicar con Él y sé que no me juzgaría
Me gustaría abrazarlo siempre
Sabría que su amor es infinito, al igual que su inocencia
No sería presuntuoso, ni le importaría que lo alabaras
Sólo le interesaría que pases un rato con Él
Y que no te falte alimento

SACRILEGIO

Juan Manuel Serrano Márquez

Confieso ante tu cuerpo todo poderoso
Que he pecado
Por tu culpa
Por tu culpa
Por tu estúpida culpa
Por eso ruego a nuestro Señor
Que una palabra tuya baste para condenarme

TÚ Y YO

Juan Manuel Serrano Márquez

Para Celina

Juntos volamos sobre el mar
Caminamos entre nubes
Escapan nuestras almas
Somos libres en cualquier lugar
Contigo codo a codo contra todo

VICIO

Juan Manuel Serrano Márquez

Te quiero como se quiere al vino
Con esa ansiedad te quiero
Ansias desesperantes por beberte
Sobriedad que destruye mi alma
Te amo porque contigo soy otro
Me dominas y me transformas
Te bebo y te disfruto
Aunque me mates lentamente.

POESÍA

Juan Manuel Serrano Márquez

El desamor es la principal inspiración
Es crudo, doloroso y permanente
La poesía embellece al desamor
El desamor es como aquel demonio en un altar
Es dolor, desesperación y derrota
Amor se escribe con alegría y sin tocar el piso
Desamor se escribe desde el suelo y con el alma desgarrada
Amor es algo que no podemos expresar
Desamor es algo humano y terrenal.

Juan Manuel Serrano Márquez

(México, DF, 1989)

Médico veterinario por la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la UNAM. En cuanto a literatura disfruta de novelas novo hispanas, filosofía y obviamente poesía. La poesía es una parte muy importante de su vida.





MARÍA: LA JOVEN MADRE

Alicia Dorantes

ErEran casi las seis de la tarde. La hora mágica, en la que para el pueblo totonaca las *Cihuatéotl*, mujeres muertas durante el trabajo de parto y, por ello, similares en valor a los guerreros caídos en los campos de batalla, acompañaban al sol en su descenso. Dos hombres tocaron a la puerta del consultorio. Uno era el padre, el otro el hijo. En sus rostros morenos curtidos por el sol que besa los campos, se leía la angustia. Quitándose el sombrero, habló el mayor:

—Verá usted *dotora*... mi nuera dio a luz a eso de las tres de la tarde y desde esa hora *se le jueron los pulsos*. No habla ni conoce. Queremos que vaya a verla.

Cuando le pregunté donde vivían, me contestó amable:

—Verá usted... sí vivimos algo lejos. Podemos llegar hasta Chavarrillo en el carro, pero de ahí pa'l rancho hay que andar como una hora, poquito más...

Traté de explicarle que mi visita no serviría de nada; seguramente, su nuera habría muerto a esa hora, pero era tal su angustia que no pude negarme. Preparé mi maletín: guantes estériles, cinta para ligar el cordón umbilical, algo de material de sutura, gasas, vendas y lo que podría llamarse “el cuadro rojo” de emergencia, de un hospital rural; además, suero y equipo para aplicarlo. Algunos medicamentos para mitigar el dolor, otros, para controlar los nervios y la presión arterial. Al decir de don Braulio, que así se llamaba aquel hombre, los papás de la nuera, sus consuegros, “estaban muy alterados a más de padecer azúcar y presión alta”. Tomé por último, unas ampollitas de “*Syntocinón*”, medicamento a base de oxitocina, hormona que ayuda a contraer el útero durante el parto y después de él.

El esposo de la parturienta no hablaba. Se llamaba Pedro. Pedro con dificultad llegaba a los veinte años. Su rostro impenetrable parecía estar esculpido en piedra. En una de las piedras que a diario removía con el azadón, mientras trabaja los surcos donde sembraba maíz y frijol. Ellos, los hombres del campo, no saben expresar sus emociones. No lloran, porque desde niños les dijeron “que llorar era cosa de mujeres”. Por eso no saben; no deben llorar.

Poco conversamos durante el viaje. Tomamos la carretera rumbo a Xalapa y, poco después, la desviación a Chavarrillo. Cuando llegamos a la vieja estación del tren, la noche había caído y nos cubría con su manto negro, lúgubre, pesado. El camino se convirtió en terracería y a unos diez de kilómetros, bruscamente terminó. Seguimos a campo traviesa. Disminuí la velocidad. En ocasiones perdía la vereda y entonces don Braulio me decía: “Déle a la derecha. Ora a la izquierda. ¡Cuidado *dotora*, con aquella piedra!...”

El pequeño Fiat que me acompañó durante mi permanencia en Estanzuela, se comportó a la altura. No caminaba, no corría... más bien parecía volar. Volar muy bajo, pero con gran precisión. Era como si comprendiese la afligida situación de la familia. Como si apoyara mi angustia creciente.

Arribamos a un caserío. En una explanada don Braulio me indicó dónde podía dejar el carro. A partir de ese momento, caminamos. El ejido se extendía frente a nosotros inmenso, extrañamente solo. Únicamente nos guiaba la luz plateada de una luna hosca. A lo lejos, se escuchaba el ladrido de los perros, el croar de las



ranas en un charco vecino y la orquesta de grillos que disfrutaban de la noche a plenitud.

Llegamos a la casa de Pedro a eso de las nueve. La vivienda estaba rodeada por amigos y vecinos. Todos serios y cabizbajos. Unos fumaban. Otros cuchicheaban. Eran sólo hombres. Sus mujeres estaban adentro, acompañando a la parturienta. La gente del campo así es, buena, sencilla, solidaria.

Don Braulio y Pedro me escoltaron. Pasamos entre las personas al tiempo que el anciano decía: "Es la *ditora*, déjenla pasar".

La casa de Pedro y de María era una choza. Paredes de carrizo, techo de paja, piso de tierra aplanada y limpia. María la había barrido esa mañana, como lo hizo todas las mañanas desde el día en que se casó. Tenía muy pocos muebles. La rústica mesa de pino blanco estaba cubierta de bolsas y trastos en desorden. Rodeándola, unas cuantas sillas.

Al fondo de la choza, un catre. Ahí estaba María. La habían lavado con cuidado. Le habían peinado su largo cabello y puesto su vestido blanco, el mismo que usó en el día de su boda.

Recostada de lado parecía ver la pared. Saludé a todos y me dirigí hacia ella. No contestó a mi saludo. Tomé su mano... ansiaba saber si quedaba un soplo de vida en ese joven cuerpo, pero el brazo y la mano regresaron de inmediato a su posición original. La piel estaba fría. No había pulso. María estaba muerta.

Había muerto muchas horas antes. Debió ser a las tres de la tarde, cuando el suegro aseguró que "*se le fueron los pulsos*". La rigidez cadavérica había hecho presa de ella...

Nada había que pudiera hacer por ella.

Me senté a un lado de la cama, muy cerca de María. Entonces pude verla tal como debió haber sido: casi una niña de solo dieciséis años. Su rostro moreno estaba enmarcado por unas gruesas trenzas color negro azabache. Tenía los ojos cerrados y, en la tranquilidad inexpugnable de la muerte, parecía sonreír. Parecía satisfecha de haber regalado su temprana vida a ese pequeñito vástago suyo, que ahora lloraba temeroso y hambriento en los brazos de la abuela.

El interior de la vivienda olía extraño. Olía a hierbas cocidas. Olía a hechizo, a misterio, a sangre y a muerte. La comadrona me miraba con recelo, como si temiese que la fuera a culpar por esa muerte. La saludé y me limité a preguntarle qué había pasado. Sus ojillos inquietos se posaban en la tranquila María y en mí. Luego dijo: "*Jué pura mala suerte. Jué la sangre que no paraba. Le di *teses* y *cocimientos*. Le amarré *juerte* la cintura. La niña lloraba de miedo y de dolor. Nació el crío... lo demás –la placenta– nunca salió. Cuando nació la criatura, lo vio y sonrió. Luego se *jué* quedando*

tranquilita... tranquilita... y ya no... ¡Se lo juro, *ditora*... *jué* la pura mala suerte!"

No sé si a mis veinticuatro años fui capaz de valorar la magnitud de la tragedia. No sé si dolió tanto, tanto que la guardé en el fondo de mis recuerdos y ahora, cuatro décadas después, la valoro en su justa dimensión. No sé si como piensan los campesinos, que los hombres no saben ni deben llorar, las "*ditoras*" tampoco deben hacerlo.

Aparentando una tranquilidad que no sentía, me levanté. Saludé a la abuela del pequeño huérfano. La recia mujer lloraba. Lloraba en silencio y sus lágrimas, aunque cristalinas, tenían el sabor de la sal y del dolor. Le lastimaba el dolor del hijo y el llanto afligido del nieto. Lloraba y su llanto mudo era una mezcla de pena, de frustración, de rabia y de impotencia.

Tomé al pequeño y lo estreché contra mi pecho. Lo habían vestido con la ropa que María hizo poco a poco, en los escasos momentos que le dejaban las tareas caseras y las faenas del campo. La hizo con tela barata y con amor de madre. Le cubrieron la cabecita con un gorro tejido en estambre color sangre, para protegerlo "del mal de ojo".

Lo descubrí para examinarlo. Debía pesar casi tres kilos. Físicamente se apreciaba normal. Revisé el cordón umbilical. Apliqué gotas desinfectantes en ambos ojos y lo protegí contra el tétanos. Finalmente dejé recomendaciones para la alimentación inmediata.

La gente del rancho ya estaba preparada. Dispusieron todo para el velorio en cuanto sospecharon la verdad que don Braulio y Pedro se negaban a aceptar. Habían comprado pan y aguardiente. Las fogatas del patio, abrasaban sendas ollas de peltre usadas y vueltas a usar. En una hervían tamales. En la otra, café. Con esas provisiones las largas horas por venir serían más tolerables, más llevaderas. Estarían ahí toda la noche y al día siguiente acompañarían a María hasta darle cristiana sepultura. En una lata había flores. Flores humildes, sencillas y blancas como el vestido de María.

Cuando salí de la choza era casi la media noche. Urgía que regresara.

En la soledad del campo, el cielo parecía más negro y las estrellas, que curiosas asomaron, brillaban más. El aire fresco salió a mi encuentro. Sentí que su beso era consolador. Creí que me susurraba algo al oído, parecía decirme: "¿Ahora te das cuenta de lo necesario que resulta que los jóvenes profesionistas realicen su servicio social en la comunidad?"

En silencio regresé a Estanzuela. Don Braulio me acompañó.

Cincuenta años han pasado desde la muerte de María, no obstante, su recuerdo... el recuerdo de todas las muertes silenciosas, mudas, prematuras e injustas de las Marías del mundo entero, continúa siendo una vergüenza para el género humano... ||



EL AZAR COMO CONOCIMIENTO

DE ALEJANDRO CABALLERO

Andrés Reséndiz Rodea

La simpatía causada por las imágenes peculiares de la lotería mexicana, parece impedir su quebranto por el tiempo. El *Museo Soumaya* conserva prototipos desde el primer tercio del siglo XIX, en lámina de zinc. Para la penúltima década del siglo XIX, las imágenes fueron retomadas por el taller de Vanegas Arroyo y la empresa Jacques y Compañía para reproducirlas en serie sobre cartones o tarjetas. Desde entonces, el diseño de la Jacques ha perdurado hasta el presente, gracias a que esta corporación disponía de su propio taller de grabado para imprimir las etiquetas de los productos de conserva que también elaboraba, lo cual aprovechó para manufacturar este juego de mesa.

Este pasatiempo “de figuras” es tan antiguo que algunas de sus imágenes, como *El sol*, *La luna*, *La estrella*, *La escalera*, *La muerte*, *El mundo*, *La corona*, *El corazón*, revelan una similitud con el imaginario de épocas anteriores, tal como se aprecia en la serie de *Dibujos alusivos a la gloria de María* que se conservan en el Archivo General de la Nación¹. Desde luego, se puede deducir que, entre otras figuras estampadas, *El gallo*, *El ojo* y *El diablo* se remontan a una arquetípica ancestral.

De las cincuenta y cuatro tarjetas que componen originalmente este repertorio de diversión, en varias de ellas es evidente el sello de la época en que fueron realizadas. Así; *La chalupa*, encarna el perfil de los canales de navegación que comunicaban al “Valle de México”; *El valiente*, personifica la imagen pendenciera y marginal del tradicional “lépero”; *El catrín* (contraparte del anterior) se revela como prototipo de la elegancia exagerada en el vestir porfiriano. Todos ellos aparecen como percepciones tipológicas del México decimonónico. Aunque ellos son ya protagonistas relegados, sus imágenes han quedado como evidencias, testimonios, de nuestra cultura en este entretenimiento de mesa.

El artista Alejandro Caballero, desde hace algunos años ha retomado los íconos de este antiguo juego para construir unas cajas-collages (con vistas por ambos lados); en ellas reconstruye y se apropia

de la figura de cada carta. Con este trabajo, al igual que con los ejemplares tradicionales de la lotería, sus obras parecen vitrinas donde se congela la época que le ha tocado vivir.

Así, Alejandro hace reaparecer a Frida Kalho como la remadora del ejemplar de *La chalupa*, en cuyo retrato las venas o cordones umbilicales, de la iconografía peculiar de la pintora, se vuelven, entre una figura y otra, vasos comunicantes donde circula la identidad y el tiempo. En esta composición la lobreguez de Frida, transita hacia el concepto célebre de la opulencia inagotable de la naturaleza mexicana.

El borracho, personaje estático y característico de una de las cartas de este pasatiempo, cobra vida con el sutil y articulado movimiento de pierna y brazo, que insinúa el tambaleo de la figura melancólica y deprimida del personaje que interpreta Pedro Infante en su cinta *La vida no vale nada*. Diversas piezas de Alejandro integran a varios personajes de la cinematografía, como Tin-Tan en la carta de *La calavera*, El enmascarado de plata en la pieza del *Sombrero* y Gabriel Figueroa en *La Manzana*. En la cara opuesta de la caja de *El borracho*, el personaje se convierte en “Pepe el Toro”, cuya figura trasfiere una sugerencia análoga de movilidad, la de los traspies ante los golpes del box y de la vida. En la composición de estas cajas-collage, el artista también atrapa algo más que vestigios de nuestra existencia palpable; el de un tiempo y un espacio que no es real, pero que nos son contemporáneos debido a las construcciones del cine y sus estereotipos.

En esta colección de obras, Alejandro Caballero reinterpreta su propia época cultural, no sólo con la traza y arreglo que da a los personajes sino también con la práctica del *collage*, que le permite integrar a su obra pequeños objetos desechados por nuestra cultura. Estos vestigios, pasan casi desatendidos por su cotidianidad, pero pululan en las cajas, con lo cual sus trabajos se convierten en arcas del tiempo. Entre ellos hay, pequeños muñecos y objetos de plástico asomándose en *El diablito*, *La manzana*, *El borracho*,

¹Manuel Quiroz, “Colección de varias poesías del arte menor y mayor en obsequio de la purísima Concepción” en El partido de Sochtepec, 1805. Catálogo de ilustraciones Vol. 10, ilustr. núm. 5034 a 5042, México, Archivo General de la Nación, 1981.



etc., y que algún día su diseño aparecerá como una rareza. Un repertorio diminuto de recipientes de barro también emerge en *El jarrón*. Aparecen los arcaicos bulbos eléctricos coexistiendo con los chips de las tarjetas telefónicas, una cámara fotográfica "Instamatic" al lado de una original cámara-encendedor; todo ello integra la pieza *La manzana*. Las corcholatas que están a punto de desaparecer, también son resguardadas configurando un gusano ante *El alacrán*. Un ya rarísimo ejemplar de cráneo, en holograma en cristal, se preserva sobreponiéndose al rostro de Guadalupe Posada en *La calavera*.



Con la recolección e integración de estas "miniaturas-objetos" a sus cajas, lo que hace el artista es experimentar con algo más que una técnica, es una propuesta metodológica y crítica fundada en el andar, que ha encontrado en el arquitecto italiano Francesco Careri y a uno de sus principales exponentes teóricos.

Solo con el andar se genera el repertorio magnífico de objetos que entrañan sus construcciones, configurando al final una lotería de enorme formato. Pero la principal aportación del andar reside, más que en los objetos mismos, en la recolección de conocimientos que le servirán para tomar una actitud más dinámica con su espacio.

Alejandro Caballero camina por las calles de esta ciudad, especialmente las olvidadas, como si fueran justamente tablas de lotería. En ellas, el azar le va ofreciendo objetos y personajes a su mirada. Lo que encuentra, lo va usando en dos partes de su producción íntimamente vinculadas; sus cajas-collage y su pintura sobre lienzo. En las primeras, como ya sabemos, ensambla lo recolectado. En las segundas, se recrea el recorrido y el contexto de los objetos compilados. Contemplar sus cajas-collage, hace vernos a nosotros mismo como ante un espejo.

Ello, indudablemente le ayuda a este artista a conocer mejor la ciudad y sus habitantes precisamente cuando su crecimiento desmesurado la hace parecer inabarcable, con inéditas viejas calles. Metrópolis recorrida por constantes multitudes que, a pesar de ello, siempre genera zonas que son inéditas y extrañas entre ellas mismas; los del oriente no se atreven a deambular ciertas partes del sur, a los del sur les intimida transitar por el oriente. Es de alguna manera un espacio disgregado, fragmentado. La certeza de las calles en los inicios de la ciudad, se convirtió en azar, en incertidumbre.

En este contexto las cajas-collage y las obras de caballete de Alejandro, son una propuesta contraria a mirar el recorrido como "otredad". Al contrario, son una invitación a utilizar el contorno de manera común y compartida. El andar es para él, el método que le permite no solo reconocer la ciudad y armar sus pinturas con los personajes observados, es interés sobre el espacio que recorre, lo recorre para participar en su transformación. En efecto, es larga su trayectoria como actor de impulso y fomento hacia las actividades artísticas en espacios relegados, abandonados por las autoridades responsables de su cuidado. El caso más representativo de su actividad es **La ELITEP**, La Escuela de Arte al Aire Libre de Tepito, que desarrolla sus actividades en el "Foro Cultural Daniel Manrique" (situado en la esquina del Eje 1 Norte y Vidal Alcocer), donde se reúne con alumnos para expandir sus clases de pintura y escultura al aire libre de Tepito, la Lagunilla, la Guerrero, del centro y los extremos mismos de la ciudad. ||

Andrés Reséndiz Rodea

Lic en Historia, UNAM. Investigador, Curador y Crítico de Arte del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas (CENIDIAP), INBA. Ha publicado *Literatura, Historia e Identidad, México*, UAM-Azacapotzalco, Centro de Cultura Casa Lamm-Universidad de Tennessee, 1996, entre otros.



AIRBORN / HIJOS DEL AIRE:

POEMA COLABORATIVO DE OCTAVIO PAZ Y CHARLES TOMLINSON

Jann W. Gates

La proyección internacional de la obra de Octavio Paz (1914-1998) empezó en los treinta del siglo veinte y continuó fuertemente en el siglo veintiuno. Vivió casi 30 años fuera de México y disfrutó la amistad literaria de escritores de Europa, América Latina, EEUU, Japón, India y China. Como poeta –entre otros– fue innovador para refundar la poesía colaborativa. Charles Tomlinson (1927-), poeta inglés, también estaba convencido de que una nueva época literaria podría florecer cuando poetas que viven en diferentes países y hablan varios idiomas, escriban juntos poemas multilingües. Para su modelo Paz y Tomlinson se refirieron al *renga*, una forma de la poesía colaborativa practicada en Japón, a partir de los siglos trece hasta el siglo diecinueve.

En este ensayo investigamos *Airborn/Hijos del aire*, un poema colaborativo y bilingüe escrito por Octavio Paz y Charles Tomlinson. La obra consiste en ocho sonetos en español o inglés. Cada poeta escribió originalmente en su propio idioma. También cada poeta tradujo el verso del otro. Trabajando juntos producen dos textos enteros (uno en español, otro en inglés).

El poema colaborativo nos presenta un proceso imprevisible. Es un intercambio espontáneo y flexible. Demanda sensibilidad y sociabilidad. Afirma lo universal en la particularidad de diferentes lenguas. Enriquece la amistad de los autores al igual que los lectores.

Charles Tomlinson descubrió la obra de Paz cuando era profesor visitante en la *University of New Mexico* en 1962-1963. Había leído una reseña de *El laberinto de la soledad* (1950), y cuando visitó México obtuvo el libro de poemas *Salamandra* (1962), recién publicado por Paz. Tradujo varios poemas del poeta mexicano y los publicó en su libro *American Scenes and other Poems* en 1966.

En 1967 ambos poetas fueron invitados al Festival Cultural de Spoleto, Italia. Tomlinson reconoció a Paz en el aeropuerto de Roma, se acercó y le dijo: “Soy Charles Tomlinson”. En este tiempo Paz era todavía embajador de México en la India, pero pronto cambiaría su vida. El 2 de octubre de 1968 (“La Noche de Tlatelolco”) una manifestación estudiantil fue interrumpida por una larga batería de fuego que les costó la vida a más de trescientas personas y cuya noticia

resonaba en todos los rincones del mundo. Inmediatamente Paz dimitió como embajador mexicano en la India. Su renuncia fue portada de primera plana en los periódicos internacionales. Paz supo que la puerta al servicio del gobierno se cerraría permanentemente, pues le ofrecieron cátedras varias universidades de EEUU y Europa.

Las protestas estudiantiles en Europa y en América estimularon también iniciativas positivas en la vida social e incluso de las artes. El encuentro de cuatro poetas –Paz, Tomlinson, Jacques Roubaud de Francia y Eduardo Sanguinetti de Italia– ocurrió en París al inicio de abril de 1969. Durante cinco días en un espacio subterráneo crearon una *renga* occidental en forma de una cadena de 28 sonetos escritos por cuatro poetas en sus cuatro idiomas nativos. Tres de ellos tradujeron todos los sonetos en su propia lengua. Las traducciones en español, inglés y francés eran hechos artísticos en sí mismos que complementan a la creación de los sonetos originales.

En 1970 Octavio Paz, de 56 años de edad, y Charles Tomlinson, de 43 años, estuvieron contemplando la posibilidad de cambiar sus cátedras y los países donde residían. Las universidades estadounidenses atraerían a Tomlinson. A Paz le gustaba la *Cambridge University* en Inglaterra. Como le sucedió a Tomlinson, él se quedó en Inglaterra en la universidad de Bristol (1956-1992). Por breves temporadas enseñó en varias universidades estadounidenses: *University of New Mexico* (1962-1963), *Colgate University* (1967-1968, 1989), *Princeton University* (1981), *Union College* (1987) y *McMaster University* (1987). Irónicamente en los setenta Paz eligió una cátedra en la otra Cambridge en Massachusetts, *Harvard University* (1972-1980). También pasaba periodos en su país nativo y editó dos revistas mexicanas, *Plural* (1971-1976) y *Vuelta* (1976-1998).

En el año de 1987 Tomlinson escribió un poema, “En un jardín de Cambridge”, sobre las deliberaciones y decisiones de los poetas en los setenta:

“[En fin, tú, Octavio] volviste [a México,] a la monotonía del monóxido que mancha los árboles de Mixcoac.
–No hay más jardines –dijiste–



que los que llevamos dentro.
[...] Coincidimos contra la distancia,
el viento y la marea, nos vemos
y el uno al otro traducimos nuestros mundos,
nos saludamos en verso. Todo poema
es una especie de jardín [...]"

Al final de los setenta Paz, de 65 años de edad, y Tomlinson, de 52 años de edad, escribieron un poema colaborativo y bilingüe, *Airborn/Hijos del aire*. Nosotros acompañamos a los escritores que caminan, conversan, mezclan la rima y el ritmo; perciben sonidos escondidos, inaudibles; entran cuidadosamente en un espacio frágil, disonante; se dan cuenta de que no hay espacio sin tiempo.

CASA

En los cuatro sonetos iniciales surgen recuerdos de dos casas en donde brotan ambos poetas jóvenes jugando con las palabras, flotando sobre las sílabas, captando las resonancias que fluyen de sus almas hacia las vastedades del universo.

Se calentaría Tomlinson cuando pensase en la cocina de su niñez. Se nutría el poeta inglés de recuerdos de su hogar familiar:

"en leche tú comienzas, en calor y comida,...
el pensamiento guarda tu olor de pan intacto [...]"
[Casa Soneto II Charles Tomlinson]

El comer metafórico envuelve la creatividad:

"colmena de palabras donde la miel del tiempo
con sabor instantáneo colma y sacia
esta boca, esta mente –ciudadela de células." [Casa II C.T.]

Tomlinson enlaza esperanza en el futuro con el sabor:

"Por gustar otra vez su aroma de verdad
–levadura del pan milagroso y primero–
y esperar, ya sin extravagancia, a la esperanza," [Casa III C.T.]

En contraste, se enfriaría Paz por las imágenes inquietantes de su niñez y juventud. Paz, como niño fue desgarrado por puntos de vista que dividieron a tres generaciones de su familia, viviendo en una casa descuidada y deteriorada.

Durante el primer recuerdo de la infancia –un momento en donde cada uno de nosotros se dio cuenta de la separación del "yo" y el mundo, también del "yo" y otros seres vivos– tocaron a Paz una soledad

profunda y el impulso de distanciarse de sí mismo. Paz describió la experiencia en su libro *Itinerario*, publicado en 1993. Tenía 3 o 4 años de edad cuando se sintió así: "fui un bulto, solo, llorando" en la sala de entrada de la casa de sus abuelos. Parientes cercanos y lejanos llegaron para una fiesta. Nadie notó su existencia ni su tristeza. Paz declaró que después de este momento, esa silenciosa sustancia nunca se disolvió.

"No es una herida, es un hueco. Cuando pienso en mí, lo toco; al palparme, lo palpo. Ajeno siempre y siempre presente, nunca me deja, presencia sin cuerpo, mudo, invisible, perpetuo testigo de mi vida. No me habla pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice: esa tarde comenzaste a ser tú mismo [...] Ya lo sabes: eres carencia y búsqueda". [Itinerario. "Cómo y por qué escribí *El laberinto de la soledad*", página 15.]

En las líneas escritas por Paz en los sonetos dedicados al tema "casa", toca una turbulencia reprimida en el interior de su ser:

"Mas nacemos en casas que no hicimos.
(Vuelve la rima, puente entre líneas.)
El sol desenterradas imágenes revuelve
y me devuelve aquella casa en ruinas," [Casa I Octavio Paz]

"casa en la conjunción de dos pasados
y de dos escrituras, construida
por un murmullo en busca de sentido," [Casa II O.P.]

"–la misma que grabó con su navaja
no en el tronco del olmo imaginario:
adentro de mi frente, la roja orografía
de sus escombros, su palabra rota." [Casa III O.P.]

"Casas que van y vienen por mi frente, [...]
yo camino por ellas en mí mismo,
lámpara soy en sus cuartos vacíos
y me enciendo y apago como un ánima." [Casa IV O.P.]

DÍA

Los últimos cuatro sonetos se refieren al tema "día". El tiempo se mueve constantemente; fluye abajo de los cambios que nos encantan y nos aterrorizan; acompaña cada ser viviente. Es amoral; no define lo bueno tampoco lo malo. El tiempo no puede garantizar una tendencia hacia lo bueno; tampoco impide la fuerza determinada por lo malo.

En estos poemas sentimos el ritmo del tiempo, los latidos que marcan el día: la mañana, el mediodía, la tarde, la noche, la madrugada. Observamos la vida del árbol con sus hojas. Pensamos en la metáfora enlazada entre el tiempo y la naturaleza. En fin, regresamos al



tema de la amistad y la manera en donde las vidas de seres humanos son también enlazadas.

“Árbol copioso cada día. Este (cinco de julio) hora a hora se vuelve invisible: árbol que se borra y en follajes futuros se vuelca.” [Día I O.P.]

“[...] la tarde cubre la página acabada, sombra que absorbe sombra, y en un follaje en llamas el día se consume.” [Día I C.T.]

“[...] somos los herederos de la noche de nuevo descubierta, regreso a la palabra del origen, obscuras sílabas de frondas invisibles y seres inauditos.” [Día II C.T.]

“[...] Amanece, con dedos impalpables despega párpados la madrugada, llueve, no afuera, adentro, en la memoria.” [Día II O.P.]

“La ciudad amanece con ruido de cadenas, la luz se rompe el pecho en las esquinas y, ciega, en la memoria desarraiga los árboles, los días, de follajes de sílabas:” [Día III O.P.]

“[...] —cuenta que es fidedigna pero falso: dentro del tiempo —tregua, dádiva de las horas— hay una fuente. En ella yo bebo todavía.” [Día III C.T.]

“Días en torno al poema y a su día único, días como el viento que incesante regresa a esta casa de palabras que tú y yo hemos construido: sus ventanas atisban el mar y el cielo [...]”

“¿Qué es más real, aquello que un día vimos o las imágenes que la memoria en la mente despierta para saber qué somos?”

“Más real que ambas es la amistad, el día que la funda, los días que la confirman: en su latir pasamos y quedamos. Lo sabemos: sólo somos medidas de su música.” [Día IV C.T.]

Charles Tomlinson y Octavio Paz nos daban un ejemplo efectivo de la poesía colaborativa y plurilingüe. Creían que esta forma del arte contemporánea podía despertarnos y estimular el interés mutuo entre los seres humanos. No les importa donde la gente viva o cual lengua use. Es probable que en el futuro los lectores puedan leer con fluidez dos o varios idiomas. En esa época necesitaremos ediciones bilingües y plurilingües. Imagínense un mundo en donde cada

día podríamos anticipar que un libro de poesía nos ofrecerá por lo menos dos maneras de expresar un pensamiento poético. Vivimos ya en el siglo veintiuno, es nuestra realidad. ||

Bibliografía

Octavio Paz, Jacques Roubaud, Edoardo Sanguineti y Charles Tomlinson. *Renga: A Chain of Poems*. New York, George Braziller, 1971.

Octavio Paz y Charles Tomlinson. *Airborn/Hijos del aire*. Barcelona, Ambit, 1991.

—*Airborn/Hijos del aire*. London, Anvil, 1981.

Octavio Paz. *Airborn/Hijos del aire en Obra poética*, Tomo 11 (1969-1998). México, Fondo de Cultura Económica, 2003, páginas 293-311.

—“Cómo y por qué escribí *El laberinto de la soledad*”, en Itinerario. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

—“*How and why I wrote The Labyrinth of Solitude*”, en Itinerary. New York, Harcourt, 1994.

Charles Tomlinson. “*En un jardín de Cambridge*”, en La Galería del Zorro. México, Editorial Vuelta, 1996.

Jann W. Gates.

Historiadora, maestra de historia y literatura, poeta, editora, traductora. BA University of Michigan; MA Stanford; PhD Ohio State University. 1975-2000: Rudolf Steiner School, New York, NY. 2000-2010: Santa Fe Waldorf High School, Santa Fe, NM. Desde 1998 mantiene residencia en el DF. Sus textos aparecen en diversas publicaciones.



GANADORES

DEL SEGUNDO CONCURSO DE CUENTO CORTO

Con la participación de 18 narraciones, el pasado mes de julio se llevó a cabo el Segundo Concurso de Cuento Corto convocado por las Asociaciones Civiles: Escritores del Golfo y Academia Literaria de la Ciudad de México. El Jurado estuvo integrado por Queta Navagómez, autora de varios libros de poesía y cuento, ganadora de diversos premios y reconocimientos tanto nacionales como internacionales; Alberto Vargas González, psicólogo con publicaciones en antologías de la UNAM y varias revistas de instituciones de educación superior; Jorge Llera, autor del libro de cuentos *Tercera llamada*, premiado por el Instituto Mexiquense de la Cultura, además de contar con una extensa narrativa cuentística; Alejandro Campos Oliver, autor de 20 libros de ensayo, cuento y poesía, publicados por la UNAM, Conaculta, FONCA, INBA, entre otras instituciones.

El Jurado otorgó el **Primer lugar a: "Travesía en el mar de los Naranjos"** de César González Bonilla, por su potencial alegórico y su diseño estético construido con precisión y brillantez de hibridación poéticas que lo dotan de diversos niveles de lectura. **Segundo Lugar: "Recordando"** de Chelo Boom, por su circularidad, capacidad de evocación y cambio semántico con el paso del tiempo por medio de la frase "me gusta tu abrigo". **Tercer lugar: "Ella"** de Ángeles Gaos, por su efecto de golpe e ironía a partir de la concreción de los indicios y el manejo sorpresivo del final. Se concedió Mención de Honor a: Gloria Pérez, Jann Gates, Patricia Moreno Cuervo y José Luis Barradas.

1^{er}
LUGAR | TRAVESÍA EN EL MAR
DE LOS NARANJOS
César González Bonilla

2^o
LUGAR | RECORDANDO
Chelo Boom

En el jardín de los naranjos se acerca el final del día, mientras el niño juega, otra vez, a construir un barco con las hojas que dormitan en la hierba, quiere aprovechar la quietud y los últimos rayos de luz para recrearse en la fantasía. Se recuesta y entre los pequeños dedos navega su carabela. Mueve un brazo y el patio es el océano, mueve el otro y surca la tormenta. Sopla tenue y el huracán ruga y quiere devorar su barco de una tarascada.

Navega boca arriba en el mar de lo imposible, se enfrenta a la marejada, lucha contra los dragones y quiere alcanzar el sol que ya se escapa atrás del horizonte. Cuando la última tarde de agosto se termina y se calla el viento del oriente es hora de regresar a la realidad del cuarto ciudadano, porque el delirio que suele acompañar a los moribundos anuncia el final de la travesía.

La nave llega por fin a puerto, atraca suave y el anciano, que quiso ser niño de nuevo, la abandona para siempre. ||

—Me gusta tu abrigo —el tono en el que me lo dijo me asustó. Era tan cautivador, que sentí correr el peligro de caer irremediablemente en las redes de un seductor, ya que me abordaba de una forma nada común en el cortejo.

De su frase tan neutra surgió una conversación que nos llevó, desde la moda a través de los siglos, su relación con la geografía, la calidad de los textiles, hasta su origen histórico. Estuvimos enfrascados tan ampliamente en temas conectados al elogio de mi abrigo, que al llegar la despedida nos faltó tiempo para agotar el asunto.

Nos seguimos frecuentando y, como lo temía, me enamoré de él profundamente. Por fortuna fui correspondida en igual intensidad y más pronto que tarde nos casamos. Ya casados, cuando llegamos a las confesiones y recuerdos, yo elogí su frase para aproximarse, calificándola como la de todo un Don Juan. Él no podía dejar de reír al confesar que no fue habilidad de conquistador, sino timidez de provinciano recién llegado a la capital.

La frase tomó carta de naturalización entre los dos y cuando había algo difícil de iniciar surgía el: "Me gusta tu abrigo" aunque estuviéramos vistiendo ropas veraniegas. Han pasado tantos años que quizá él ya la olvidó ¡Cómo quisiera que ahora la usara!, permanece dormido y su gravedad no cede. Abre los ojos, me mira y con dificultad me dice: "Me gusta tu abrigo" y el tono en el que me lo dijo, me asustó. ||



3er | ELLA
 LUGAR | Ángeles gaos

No podía ser ella, sólo podría ser su antigua sombra. Su porte, la mirada y aquella personal inclinación de la cabeza, venían hacia mí envueltas en un enigma. Era ella y no lo era. Era su juventud lo que más me extrañaba. Después de tanto tiempo el pasado volvía. Al fin llegó hasta mí, secreta, sonriente, con algo de amenaza, sin embargo le faltaba el aliento, tan peculiar en ella, su fresco olor a menta. Traté de rozarla y hundí las manos en el vacío oscuro del trasfondo del sueño. En miles de corpúsculos se disipó su imagen igual que se desvanece el polvo cuando soplas.

Me apoyé en el aire y, después, reinicié el retorno triste y apesadumbrado. Parecía tan real, tan auténtica. Volver a verla había sido gloria y remordimiento, un momento de éxtasis y de incertidumbre. La amada regresaba desde el allá más próximo, únicamente la falta de su aliento me hizo comprender que no era ella, que no podía ser; que era mi imaginación, mi viejo amor callado que la memoria rebelde se había empeñado en revivir porque yo la olvidaba un poco cada día, cada hora, porque al fin, otra vez, la felicidad me anunciaba su aleteo febril. Mañana, si Dios quiere, me casaré con su hermana María. ||

SIN CÓDIGO POSTAL:

NUEVO LIBRO DE JORGE ENRIQUE ESCALONA DEL MORAL

Editado por la Academia Literaria de la Ciudad de México, A. C., el libro de Escalona Sin Código Postal es el sexto que publica nuestra Asociación Civil. En 70 páginas su autor presenta 28 historias, entre cuentos y relatos que, salvo el último, llevan por títulos nombres propios de sus personajes. Aquí se ofrece la Presentación que escribió el también autor de la portada del texto: Rodolfo Cisneros Márquez.

Sin código postal es la colección de cuentos que en esta ocasión comparte Enrique Escalona. Nos invita de manera sincera a conocer su nuevo trabajo: fruto de la asimilación de una cultura universal y la madurez literaria que actualmente vive. Nos presenta su mundo de la condición humana. Si en sus cuentos anteriores empezaba a emanar su estilo tan propio, en esta ocasión lo precisa y lo supera con su destreza, ahora desprendido de más escrúpulos y con más libertad creativa.

Escalona sale al ruedo literario como un toro excitado que salta las barreras, pero con la inteligencia de un diestro lidiador de la narrativa contemporánea. Nos atrapa en todos sus textos con sus inicios y desenlaces impecables volviéndonos cómplices de sus inauditas historias, llenas de dosis de escarmio y de gran fuerza que va del dolor moral intenso, a la gracia aguda

cargada de un humor que se gesta dentro de las entrañas de sus propias tragedias como prueba de la existencia humana.

El humor y la tragedia que existen en estos cuentos son como una simetría: tragedia contada con humor cruel que no termina de agotarse. Escalona en su mundo infinito nos muestra un contexto social fatídico donde se puede vivir pero siempre en una cruda realidad, que logra incomodarnos pero también nos atrae para conocer esas tramas íntimas de las vivencias terrenales de las cuales es testigo y creador omnipotente.

También nos presenta personajes aparentemente comunes, que en realidad resultan muy complejos por su mundo interior y por su comportamiento como psicópatas, infieles, embusteros exhibicionistas, abusadores, suicidas, edípicos, galanes vulnerables, timadoras, tatuados, burócratas corrompidas, bromistas, narcomenudistas, provincianos soñadores, cibernautas verdugos y víctimas, etc. que la pluma del autor dibuja como personajes verdaderos con vidas intensas y explosivas. La mayoría de sus historias se titulan con nombres de mujeres o de hombres como si la miseria, la maldad, el sufrimiento y la tragedia debieran tener nombres personales.

Aunque la creación nace en la soledad, el autor se caracteriza por ser un hombre que narra, relata, escribe y se apasiona disfrutando con optimismo la literatura. No obstante, siempre comprometido con su vocación, explora una existencia profundamente pesimista sobre las experiencias emocionales de la condición humana de sus personajes, que en su mayoría son seres solitarios aparentemente irrepetibles. Con sus lados oscuros, como si estuvieran convencidos de vivir y sentir lo que los demás no sienten ni viven, generan una apertura de lo pequeño hacia lo grande, de lo individual a una condición humana intensa, contradictoria y múltiple.

Como un cúmulo de materiales el autor utiliza estos elementos y con ingeniosas pinceladas crea escenas deprimentes y paisajes enervantes en barrios populares.

Afortunadamente, la literatura los humaniza ante la dificultad de que las necesidades más íntimas de sus personajes rijan sobre todo su mundo exterior como creaturas sociales con impulsos y comportamientos aparentemente cotidianos; como seres que sueñan en lo individual y se enfrentan con lo universal.

El autor no solo se ha conformado con presentar mujeres al borde de sus límites como en su anterior libro sobre el laberinto femenino, ahora sus personajes también son mujeres y hombres: maduros, jóvenes, y niños en un clima de atmósferas ricas de anécdotas y escenas despiadadas sin fin, para que el autor las pueda seguir escribiendo.

Aparte de la singularidad y visión por la vida, son sorprendentes las preocupaciones literarias que lo han llevado a experimentar con gran acierto las diferentes estructuras literarias del cuento en su vasta diversidad temática. En cada cuento, desde las primeras frases, manifiesta una tensión narrativa gracias a que sus escritos van al grano, pone todo al servicio de la trama. Con ritmos acordes y momentos deslumbrantes nos lleva a la emoción. Esto se debe también a que en sus relatos nada sobra y nada falta. Por eso en las interconexiones de cada trama sus unidades narrativas irradian más allá de sí mismas, porque contienen distintos mundos recónditos que al mismo tiempo son desmesurados, seductores y deleitables para el lector.

Por muchas razones literarias, este libro representa la nueva etapa de crecimiento de un escritor que sigue evolucionando y va buscando en todos sus mundos los personajes e historias que siempre nos quiere compartir y no importa que en la aventura literaria infinita deambule *Sin código postal*.

|| **Rodolfo Cisneros Márquez**



La Llama Azul

